

LA DIGNIDAD HUMANA EN EL FIN DE LA VIDA

*Subsidio formativo-espiritual
Semana por la Vida 2026*



Conferencia del Episcopado Mexicano
DIMENSIÓN EPISCOPAL DE VIDA



Conferencia del Episcopado Mexicano
DIMENSIÓN EPISCOPAL DE VIDA

*Subsidio elaborado por ENAPAVI
Equipo Nacional de Animación de la Pastoral de la Vida.*

Mons. Ramón Salazar Estrada.
Obispo Auxiliar de Guadalajara y
Responsable de la Dimensión Episcopal de Vida.

Pbro. Rafael Alejandro del Toro Mendiola.
Secretario Ejecutivo de la Dimensión Episcopal de Vida.

Alison González.
Martha Eugenia Leal Amaya.
Virginia Sandoval Sánchez.
Pbro. Alejandro de Jesús Álvarez Gallegos.
Pbro. Misael Martínez López.
Pbro. Rafael Alemán Jasso.
Marcial Padilla González.
Marco Antonio Gracia Triñaque.
Martín Leonardo Martínez Treviño.
Miembros del Equipo Nacional - ENAPAVI

LA DIGNIDAD HUMANA EN EL FIN DE LA VIDA

Una mirada de fe y razón



En la portada se encuentra la tumba del Papa Alejandro VII, obra de Gian Lorenzo Bernini (1671-1678), ubicada en el interior de la Basílica de San Pedro. La obra contrapone la fragilidad humana con la actitud de fe ante la muerte, donde el tiempo se agota, pero la dignidad y la esperanza permanecen.

ÍNDICE GENERAL

MENSAJE POR LA VIDA.....	6
TEMAS DE FORMACIÓN	10
Tema 1. El valor inviolable de la vida en su etapa final: fundamentos antropológicos y bioéticos.....	11
Tema 2. El final de la vida en la Sagrada Escritura y el Magisterio.....	28
Tema 3. Aspectos pastorales al final de la vida.....	36
ESPIRITUALIDAD	41
Hora Santa. La dignidad de la vida humana	42
Novena. Testimonio de vida y entrega	46
Novena. En el ocaso de mi vida.....	57
Homilía. La encarnación del Hijo de Dios.....	64
Homilía. La Anunciación del Señor.....	67
Decálogo para acompañar con amor hasta el final.....	72
ORACIÓN POR LA VIDA.....	80

MENSAJE POR LA VIDA

MONS. RAMÓN SALAZAR ESTRADA

«Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte.... Cristo resucitó; con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida.» (Cf GS, 22)

HACIA UN CUIDADO INTEGRAL DE LA VIDA HUMANA

Se tiene la urgencia de reconocer cada vez mejor el valioso don de la vida humana que la creación ha recibido. Desde la concepción hasta la muerte natural, cada etapa de la existencia posee una dignidad intrínseca que no depende de la condición física, psicológica, social o económica de la persona. La enseñanza de la Iglesia ha sostenido de manera constante esta verdad fundamental, subrayando que la defensa y el cuidado integral de la vida son además de una opción ética, una exigencia que brota del reco-

nocimiento de la dignidad humana. En el reciente mensaje dirigido a la Pontificia Academia para la Vida, el papa León XIV ha renovado este llamado, invitando a la humanidad entera a asumir con responsabilidad el cuidado de la salud, la promoción de la calidad de vida y la protección de los más vulnerables desde una perspectiva integral.

Hablar del cuidado integral implica superar una visión reduccionista de la persona. El ser humano es mucho más que un organismo biológico que requiere atención médica, es la unidad de cuerpo y espíritu, inserto en una red de relaciones familiares,

sociales, religiosas y culturales. Por ello, el cuidado auténtico debe atender tanto las necesidades físicas como las afectivas, sociales y espirituales. La Iglesia llama a que la salud no se vea solamente como ausencia de enfermedad, sino como un estado de bien integral que permita a la persona desarrollarse plenamente conforme a su dignidad.

En la etapa prenatal, el cuidado integral comienza con la protección del niño por nacer y el acompañamiento de la madre. La vida humana ha de ser estimada, acogida y protegida desde el momento de la concepción. Esta afirmación, con frecuencia reiterada, espera políticas públicas que apoyen a las familias, que brinden atención médica adecuada, acompañamiento psicológico y condiciones sociales dignas. Del mismo modo, la comunidad eclesial está comprometida a ofrecer cercanía pastoral, redes de apoyo y formación en la responsabilidad procreativa.

Durante la infancia y la adolescencia, el cuidado integral se manifiesta en la educación, la protección contra la violencia y el acceso a servicios básicos de salud. La calidad de vida en estas etapas depende en gran medida de la estabilidad familiar y de un entorno social seguro. La Iglesia, a través de sus instituciones educativas y caritativas, ha buscado desempeñar un papel esencial en el amplio campo de su formación, promoviendo los valores de la fe, la fraternidad, la responsabilidad y la caridad. Al mismo tiempo, el Estado y la sociedad en general han de garantizar sistemas de salud accesibles y programas de prevención que protejan a los menores de riesgos físicos y sociales.

En la juventud, el cuidado integral implica acompañar los procesos de crecimiento personal, familiar y social. La salud mental adquiere aquí una relevancia especial, en un contexto marcado por el estrés, la incertidumbre económica y las crisis sociales. El reciente mensaje pontificio subraya la importancia de reconocer la fragilidad como parte de la condición humana y de construir comunidades que no excluyan a nadie. Ciertamente, la responsabilidad no recae únicamente en el individuo, las estructuras sociales han de favorecer su acompañamiento y cercanía, acceso a los medios de salud y oportunidades reales de desarrollo.

La enfermedad, ya sea temporal o crónica, pone a prueba la comprensión que la sociedad tiene del valor de la vida. La Iglesia ha insistido en que la dignidad de la persona no disminuye con la pérdida de autonomía o productividad. En este sentido, el cuidado de los enfermos requiere una atención competente,

pero también una profunda dimensión humana y espiritual de acompañamiento, escucha y respeto. La ética del cuidado propone una medicina centrada en la persona, que equilibre la búsqueda del bien clínico con el respeto por el bien general del paciente.

En la edad adulta, el tiempo presente alza la voz pidiendo un cuidado integral particularmente urgente. Las personas mayores necesitan además de la asistencia profesional, una actitud agradecida llena de reconocimiento y gran estima. El papa León XIV ha recordado que una sociedad se mide por la manera en que trata a sus miembros más frágiles. El olvido de los mayores, ya sea mediante el aislamiento o mediante prácticas que atenten contra la vida, contradice el fundamento mismo de la dignidad humana. Por ello, la sociedad y la comunidad eclesial habrán de fortalecer los sistemas de atención, las redes de apoyo familiar y los servicios pastorales que más favorezcan.

La etapa final de la vida plantea desafíos éticos complejos. El Magisterio de la Iglesia propone una cultura del acompañamiento que respete el proceso natural de la muerte, evitando tanto la eutanasia como el abandono. Los cuidados paliativos, bien implementados, constituyen una expresión concreta de profesionalismo y caridad, al aliviar el sufrimiento físico y ofrecer apoyo espiritual y emocional. En este contexto, la Iglesia tiene la misión de estar con el enfermo y su entorno, formar conciencias y promover una visión esperanzadora del sufrimiento, iluminada por la fe.

La responsabilidad en el cuidado de la vida es compartida y se articula en diversos niveles. En el ámbito personal y familiar, cada individuo está llamado a adoptar estilos de vida saludables, a buscar el bien común y a asumir con responsabilidad las decisiones que afectan su salud y la de los demás. En el ámbito eclesial, la comunidad cristiana debe ser un espacio de acogida y servicio, donde los enfermos y los vulnerables encuentren apoyo concreto y espiritual. Toda institución y los profesionales de la salud tienen la noble tarea de integrar la excelencia de su servicio con una visión ética coherente con la dignidad humana.

Toda instancia social tiene el deber humano de aportar para llegar a ofrecer el derecho universal a la salud. Esto implica apoyar en la búsqueda de estrategias públicas que aseguren el acceso equitativo a servicios médicos de calidad, promover la investigación científica orientada al bien común y regular las prácticas biomédicas conforme a principios éticos sólidos. La Iglesia, siempre

comprometida en el ejercicio de la caridad, puede contribuir a la construcción de sistemas de salud más humanos y solidarios.

En definitiva, el cuidado integral de la vida humana en todas sus etapas no es una tarea opcional ni delegable. Es una responsabilidad moral que compromete a personas, familias, comunidades religiosas y autoridades civiles. El Magisterio de la Iglesia, reafirmado en el reciente mensaje del papa León XIV a la Pontificia Academia para la Vida, nos recuerda que toda vida es un don y que su dignidad exige protección, promoción y acompañamiento. Solo una cultura que coloque a la persona en el centro, reconociendo su valor inalienable desde la concepción hasta la muerte natural, podrá construir una sociedad verdaderamente justa y humana.

+ Mons. Ramón Salazar Estrada
Obispo Auxiliar de Guadalajara y
Responsable de la Dimensión Episcopal de Vida

TEMAS DE FORMACIÓN

«El motivo del sufrimiento y de la gloria tiene una característica estrictamente evangélica, que se aclara mediante la referencia a la cruz y a la resurrección.» (SD, 22)

El final de la vida es un momento en el que la fragilidad humana se manifiesta con especial intensidad, pero también en el que resplandece con mayor claridad el misterio de la dignidad que Dios ha inscrito en cada persona. La vida, recibida como don, no pierde su valor cuando se debilita el cuerpo ni cuando se aproxima su término natural; al contrario, en esa etapa se revela con profundidad su carácter sagrado y su orientación hacia la plenitud en Dios.

La **reflexión bioética**, iluminada por una antropología cristiana, nos ayuda a discernir responsablemente las decisiones que pueden presen-

tarse en este contexto. No todo lo técnicamente posible es moralmente debido.

La **Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia** nos recuerdan que la vida pertenece a Dios y que el sufrimiento, unido a Cristo, puede adquirir un sentido redentor.

En este horizonte, la **acción pastoral** se convierte en presencia cercana, en escucha compasiva y en acompañamiento sacramental que sostiene la fe del enfermo y de su familia, ofreciendo caminos concretos para custodiar la vida con verdad, caridad y esperanza.

TEMA 1. EL VALOR INVIOLABLE DE LA VIDA EN SU ETAPA FINAL: FUNDAMENTOS ANTROPOLÓGICOS Y BIOÉTICOS

ORACIÓN INICIAL

Padre nuestro, origen y sostén de toda vida, acudimos a Ti en este momento de reflexión y formación. Mira con misericordia a nuestro México, que enfrenta confusión ante el dolor, la enfermedad y el misterio de la muerte. Ilumina nuestras mentes y corazones para comprender el valor inviolable de la vida humana, especialmente en su etapa final, cuando la fragilidad se hace más evidente y la tentación del abandono o de soluciones equivocadas se hace más fuerte.

Danos la sabiduría para discernir con verdad, la fortaleza para defender siempre la dignidad de cada persona y la caridad para acompañar con ternura a quienes sufren. Que sepamos ser constructores de una cultura del cuidado, donde nadie se sienta descartado y donde la vida sea respetada y amada hasta su término natural.

Envía tu Espíritu Santo para que nos guíe en esta reflexión y fortalezca nuestra fe, para ser testigos de esperanza ante el sufrimiento y la muerte. Por la intercesión de María, Madre que permaneció fiel al pie de la cruz, te lo pedimos. Amén.

INTRODUCCIÓN

El progreso médico y científico de nuestro tiempo ha transformado profundamente la manera en que vivimos la enfermedad y la muerte. Hoy es posible prolongar la vida mediante múltiples intervenciones clínicas, controlar síntomas antes insoportables y acompañar procesos que en otros tiempos eran inevitables y breves. Sin embargo, junto a estos avances han surgido interrogantes éticos decisivos: ¿qué significa morir con dignidad?, ¿es legítimo provocar la muerte para evitar el sufrimiento?, ¿hasta dónde deben emplearse los recursos terapéuticos cuando la muerte es inevitable?

Estas preguntas no son meramente técnicas ni exclusivamente legales. En el fondo, remiten a una cuestión más profunda: ¿quién es la persona humana y de dónde proviene su dignidad? El modo en que una sociedad responde al sufrimiento y a la fragilidad revela la concepción que tiene del ser humano. Si se entiende que la dignidad depende de la autosuficiencia, de la productividad o de la capacidad actual de decidir conscientemente, entonces la enfermedad grave, la pérdida de facultades mentales o la dependencia pueden hacer que la vida parezca menos valiosa. Pero si reconocemos que la dignidad pertenece a la persona por el simple hecho de ser humana, entonces no se pierde cuando disminuyen sus capacidades, porque no depende de lo que la persona puede hacer, sino de lo que es.

En el debate contemporáneo se utilizan con frecuencia expresiones ambiguas como “muerte digna”. Para algunos, significa recibir cuidados adecuados y evitar el encarnizamiento terapéutico; para otros, implica la posibilidad de solicitar la eutanasia o el suicidio asistido. Esta confusión hace necesaria una explicación clara y bien fundamentada, capaz de distinguir entre prácticas que respetan la vida y aquellas que la suprimen deliberadamente.

Al mismo tiempo, es necesario evitar el extremo contrario: prolongar la vida mediante medios desproporcionados que solo alargan el sufrimiento sin beneficio real para el paciente. Entre la eliminación deliberada de la vida y la obstinación terapéutica se abre el espacio del auténtico cuidado: aliviar el dolor, acompañar en la fragilidad y respetar el curso natural de la existencia cuando la muerte se aproxima.

Con este tema se busca ofrecer fundamentos antropológicos y bioéticos que permitan un discernimiento claro ante estas situaciones y fortalecer una cul-

tura del cuidado basada en la convicción de que la vida humana posee un valor inviolable desde su inicio hasta su fin natural.

La manera en que tratamos a quienes se encuentran en la etapa final de su vida manifiesta el nivel ético y humano de nuestra sociedad. Defender su dignidad no significa ignorar el sufrimiento, sino responder a él con verdad, compasión y responsabilidad. Solo desde una comprensión integral de la persona será posible construir una cultura que acompañe la muerte sin provocarla y que cuide siempre, incluso cuando ya no sea posible curar.

VER: LA CULTURA CONTEMPORÁNEA ANTE LA MUERTE, LA FRAGILIDAD Y EL SUFRIMIENTO

El progreso de la medicina frente al límite de la vida

En las últimas décadas la medicina ha alcanzado un desarrollo extraordinario. Hoy es posible prolongar la vida mediante tratamientos complejos, sostener funciones vitales durante largos periodos y aliviar dolores que antes resultaban insostenibles. Estos avances son expresión del legítimo deseo de cuidar y proteger la vida humana.

Sin embargo, junto a este progreso ha crecido una dificultad cultural para aceptar que la vida tiene un límite. La muerte, que durante siglos formaba parte del entorno familiar y comunitario, hoy suele ocurrir en hospitales, rodeada de aparatos y procedimientos técnicos. Con frecuencia se percibe como un fracaso que debe evitarse a cualquier costo.

Cuando se pierde de vista que la vida humana es finita, pueden surgir dos reacciones opuestas: intentar prolongar indefinidamente los tratamientos aun cuando ya no aportan un beneficio real, o pensar que la muerte puede adelantarse deliberadamente para evitar el sufrimiento. En ambos casos, el riesgo es olvidar que el centro debe ser siempre la persona concreta y su cuidado integral.

Reconocer el límite no significa abandonar ni rendirse. Significa aceptar con realismo que no todo puede curarse, pero todo puede y debe ser cuidado.

Cuando el sufrimiento parece insoportable

Nuestra época ha logrado controlar en gran medida el dolor físico, pero el sufrimiento humano va más allá del cuerpo. En la enfermedad grave aparecen el miedo, la angustia, la incertidumbre, la sensación de pérdida de sentido y, en muchos casos, la soledad.

El enfermo no solo enfrenta síntomas físicos; enfrenta también la pérdida de autonomía, la dependencia de otros y el cambio en su rol dentro de la familia. En una sociedad que valora la productividad y la autosuficiencia, esta situación puede vivirse como humillante o indigna.

Muchas solicitudes de muerte no nacen exclusivamente del dolor físico, sino del sufrimiento interior: sentirse solo, inútil o abandonado. Cuando no hay acompañamiento adecuado, el deseo de morir puede convertirse en expresión de desesperanza.

Por eso es importante comprender que el sufrimiento no se elimina suprimiendo la vida, sino ofreciendo cercanía, alivio del dolor y apoyo integral. Allí donde el cuidado es adecuado, disminuyen notablemente las peticiones de adelantar la muerte. Esto muestra que el problema no es la vida misma, sino la manera en que se afronta el sufrimiento.

¿Depende la dignidad de la autonomía?

En el debate actual se repite con frecuencia que cada persona debería decidir el momento y las condiciones de su muerte. El respeto a la libertad es un valor fundamental, pero necesita ser comprendido correctamente.

No es lo mismo rechazar un tratamiento que ya no ofrece beneficio que provocar deliberadamente la muerte. La primera decisión puede expresar aceptación responsable del límite; la segunda transforma la muerte en objeto directo de elección.

Además, la capacidad de decidir no permanece intacta en todas las etapas de la vida. Enfermedades neurológicas, deterioro cognitivo o estados de inconsciencia pueden impedir el ejercicio pleno de la autonomía. Si la dignidad dependiera exclusivamente de esa capacidad actual de decidir, muchas personas perderían su valor cuando más necesitan protección.

La dignidad no depende de la autosuficiencia ni de la capacidad de elegir en cada momento. No depende de lo que la persona puede hacer, sino de lo que es. Por eso permanece intacta incluso en la debilidad extrema, en la dependencia o en la pérdida de facultades.

Palabras que confunden: ¿qué significa realmente “muerte digna”?

En el debate público se utilizan expresiones que pueden significar cosas muy distintas. “Muerte digna” puede referirse al derecho a recibir cuidados adecuados y evitar tratamientos desproporcionados; pero también se usa para designar la eutanasia o el suicidio asistido.

No es lo mismo permitir que la muerte siga su curso natural cuando ya no existen tratamientos eficaces, que provocar intencionalmente la muerte. No es lo mismo aliviar el dolor mediante sedación cuando es necesario, que administrar una sustancia con la intención de causar la muerte. Tampoco es lo mismo retirar un tratamiento inútil que abandonar los cuidados básicos que toda persona merece.

Cuando estas diferencias no se explican con claridad, el debate se simplifica y se presenta como una falsa alternativa entre “sufrir sin sentido” o “morir con dignidad”. Se pierde de vista que existe una tercera vía: cuidar, aliviar y acompañar respetando el proceso natural del morir.

Sin claridad en las palabras, resulta difícil tomar decisiones prudentes y responsables.

Fragilidad, dependencia y soledad en la etapa final

La etapa final de la vida pone de manifiesto la vulnerabilidad que acompaña siempre al ser humano. Todos dependemos de otros en distintos momentos, pero en la enfermedad grave esa dependencia se vuelve más evidente y prolongada.

Nuestro país vive un proceso de envejecimiento progresivo. Cada vez más personas alcanzan edades avanzadas y enfrentan enfermedades crónicas o degenerativas. Esta realidad interpela directamente a nuestras familias y comunidades.

Cuando la fragilidad se interpreta como pérdida de valor, el enfermo puede sentirse descartado. A esto se suma la experiencia de soledad que viven muchos adultos mayores y pacientes en fase terminal. La falta de redes de apoyo y de acompañamiento cercano agrava el sufrimiento.

La manera en que tratamos a quienes atraviesan esta etapa revela el tipo de sociedad que somos. Si respondemos a la fragilidad con indiferencia, consolidamos una cultura del descarte. Si respondemos con presencia y cuidado, fortalecemos una cultura verdaderamente humana.

El debate sobre la eutanasia en nuestro México

En nuestro México, el tema de la eutanasia y el suicidio asistido ha adquirido relevancia creciente en los últimos años. Durante el periodo 2025–2026 se han presentado iniciativas ciudadanas y legislativas que buscan legalizar estas prácticas bajo el argumento de garantizar una “muerte digna” para personas con enfermedades terminales o irreversibles.

Estas propuestas suelen subrayar la voluntariedad y el deseo de evitar sufrimientos prolongados. Sin embargo, en el debate público no siempre se distingue con claridad entre provocar deliberadamente la muerte y respetar la decisión de rechazar tratamientos desproporcionados mediante figuras como la voluntad anticipada.

En el marco jurídico actual, la eutanasia activa no está reconocida en la legislación federal, mientras que existen disposiciones que permiten rechazar intervenciones que prolonguen artificialmente la vida cuando resultan desproporcionadas. Esta diferencia es esencial para un discernimiento responsable.

El momento que vivimos exige formación y claridad. No basta con reaccionar ante iniciativas concretas; es necesario comprender el trasfondo antropológico de lo que está en juego. La pregunta no es solo qué puede permitir la ley, sino qué respuesta ofrecemos como sociedad ante la fragilidad, el sufrimiento y la dependencia.

Solo desde una comprensión profunda de la dignidad humana será posible responder a estos desafíos con serenidad, respeto y coherencia.

JUZGAR: FUNDAMENTOS ANTROPOLÓGICOS Y JUICIO BIOÉTICO ANTE EL FINAL DE LA VIDA

La dignidad humana como fundamento innegociable

Toda reflexión ética sobre el final de la vida debe partir de una pregunta decisiva: ¿quién es la persona humana? Sin una comprensión clara de su naturaleza y valor, el debate sobre eutanasia, distanasia o voluntad anticipada queda expuesto a criterios cambiantes y subjetivos.

La persona no es solo un organismo biológico ni únicamente conciencia o autonomía. Es una unidad de cuerpo y espíritu, portadora de un valor intrínseco que no depende de circunstancias externas. Este valor es lo que llamamos dignidad. No es otorgado por la sociedad ni condicionado a la productividad, a la lucidez o a la autosuficiencia. Pertenece al ser mismo de la persona.

Por ello, la dignidad no aumenta cuando la persona es fuerte ni disminuye cuando es frágil. La enfermedad grave, la dependencia o la pérdida de capacidades no alteran el valor fundamental de quien las padece. Si la dignidad dependiera de la calidad de vida o de la autonomía actual, entonces podría graduarse, y algunas vidas serían consideradas menos valiosas que otras.

Desde una antropología integral, la dignidad es inalienable. Permanece incluso cuando la persona ya no puede expresar su voluntad o ejercer plenamente sus facultades. Esta convicción es el fundamento de toda ética coherente y de la igualdad radical entre los seres humanos.

Afirmar la inviolabilidad de la vida no significa prolongarla a cualquier costo, sino reconocer que no puede ser objeto de eliminación intencional. Siempre se debe cuidar, aunque no siempre se pueda curar; siempre se debe acompañar, aunque no siempre sea posible evitar la muerte.

Este principio constituye el punto de partida para juzgar con claridad las prácticas que hoy se proponen ante el final de la vida.

Libertad y responsabilidad ante el límite

La libertad ocupa un lugar central en el debate contemporáneo sobre el final de la vida. Con frecuencia se afirma que cada persona debería decidir el mo-

mento y las condiciones de su muerte. Esta afirmación parte de una verdad importante: el ser humano es sujeto libre y responsable. Sin embargo, la libertad no es un poder absoluto desligado de la verdad sobre el bien.

La libertad auténtica no consiste simplemente en poder elegir, sino en orientar las decisiones hacia aquello que respeta y perfecciona la dignidad propia y ajena. No toda elección libre es moralmente correcta; la libertad necesita criterios objetivos que la orienten.

En el ámbito médico, esto implica distinguir entre rechazar un tratamiento desproporcionado y solicitar que se provoque directamente la muerte. La primera decisión puede expresar aceptación responsable del límite; la segunda convierte la muerte en objeto directo de elección.

Es fundamental diferenciar entre permitir que la muerte ocurra cuando ya no existen medios proporcionados para evitarla y causar la muerte como fin o como medio. En el primer caso, la intención es no imponer intervenciones inútiles; en el segundo, la acción tiene como objeto suprimir la vida.

La compasión es una actitud profundamente humana, pero debe permanecer unida al respeto incondicional por la dignidad. La verdadera compasión no elimina al que sufre; lo acompaña, lo sostiene y busca aliviar su dolor sin poner en cuestión el valor de su vida. Cuando la eliminación de la persona se presenta como solución al sufrimiento, se desvirtúa el sentido mismo de la compasión.

Además, la libertad humana se ejerce siempre en un contexto relacional. Las decisiones al final de la vida no afectan únicamente al individuo, sino también a la familia, al personal sanitario y a la sociedad. Convertir la muerte en opción disponible modifica la cultura y la percepción del valor de la vida frágil.

Por ello, la responsabilidad ética exige discernir no solo el deseo subjetivo, sino el significado objetivo del acto que se propone realizar. La verdadera libertad no consiste en disponer de la vida como si fuera un objeto, sino en vivirla y acompañarla con coherencia hasta su término natural.

Eutanasia y suicidio asistido: juicio antropológico y moral

La eutanasia puede definirse como la acción u omisión que, por su naturaleza y en la intención de quien la realiza, tiene como finalidad provocar directamente la muerte de una persona para evitarle sufrimientos. En el suicidio asistido, la persona ejecuta el acto final, pero recibe ayuda directa para hacerlo.

El elemento decisivo no es solo el contexto de enfermedad o dolor, sino el objeto del acto: causar deliberadamente la muerte. Aunque se invoquen motivos de compasión o autonomía, la acción consiste en suprimir la vida de quien sufre.

Si reconocemos la dignidad como valor intrínseco de toda persona, la vida humana no puede convertirse en objeto disponible de eliminación, ni siquiera por consentimiento propio. El consentimiento no modifica la naturaleza del acto. Si la muerte es causada intencionalmente, estamos ante una acción que contradice el principio de inviolabilidad de la vida. Aceptar la eutanasia como respuesta legítima al sufrimiento implica introducir la idea de que, en determinadas condiciones, la vida deja de ser un bien digno de protección.

Se desplaza así el fundamento de la dignidad desde el ser hacia la calidad de vida o el nivel de autonomía.

Además, convertir la muerte en opción médica altera profundamente la relación de cuidado. El profesional llamado a aliviar y acompañar pasa a ser quien ejecuta la muerte, lo que transforma el sentido mismo de la práctica sanitaria.

En el contexto actual de nuestro país, donde existen propuestas para legalizar estas prácticas, el debate no puede centrarse únicamente en las condiciones o garantías previstas por la ley. La cuestión fundamental es si causar deliberadamente la muerte respeta verdaderamente la dignidad de la persona.

Desde una valoración bioética, la eutanasia y el suicidio asistido no pueden considerarse moralmente aceptables, porque implican la eliminación intencional de la vida humana. La respuesta ética ante el sufrimiento debe orientarse al cuidado y al alivio, no a la supresión de la persona.

Distanasia y mistanasia: dos respuestas que lesionan la dignidad

El juicio bioético ante el final de la vida no se limita al rechazo de la eutanasia. Existen también otros extremos que desfiguran el sentido del cuidado.

La distanasia o encarnizamiento terapéutico ocurre cuando se emplean medios médicos desproporcionados que prolongan el proceso de morir sin beneficio real para el paciente. No existe obligación moral de utilizar tratamientos que ya no ofrecen posibilidad razonable de mejoría. Permitir que la muerte siga su curso natural en estas circunstancias no equivale a provocarla, sino a reconocer el límite propio de la condición humana.

En el extremo opuesto se encuentra la mistanasia, es decir, la muerte que sobreviene por abandono, negligencia o falta de acceso a cuidados adecuados. Cuando una persona muere sin alivio del dolor, sin acompañamiento o sin atención básica, su dignidad también resulta lesionada. No se trata de una acción directa para causar la muerte, pero sí de una injusticia que deja a la persona en situación de vulnerabilidad extrema.

Estas prácticas muestran una manera equivocada de entender el cuidado. En el primer caso, se intenta mantener la vida a cualquier costo, aun cuando ya no haya posibilidad de cura. En el segundo, se deja sola a la persona en su fragilidad y sufrimiento. Desde el punto de vista bioético, no es obligatorio prolongar tratamientos inútiles, pero sí es un deber asegurar siempre el cuidado adecuado, el alivio del dolor y el acompañamiento humano hasta el final.

Voluntad anticipada y ortotanasia: afrontar la muerte con dignidad

Frente a los extremos del encarnizamiento y del abandono, existe una manera ética y humana de afrontar el final de la vida: permitir que la muerte llegue en su momento natural, ofreciendo siempre cuidado y acompañamiento. A esta actitud se la ha llamado ortotanasia, es decir, “muerte recta” o adecuada, entendida como el respeto al proceso natural del morir sin acelerarlo ni prolongarlo artificialmente. La ortotanasia no consiste en provocar la muerte, sino en evitar intervenciones desproporcionadas cuando ya no ofrecen beneficio real. Implica aceptar el límite de la medicina sin abandonar al paciente. Siempre se deben mantener los cuidados básicos, el alivio del dolor y la atención integral, aunque se suspendan tratamientos extraordinarios o inútiles.

En este contexto se sitúa la figura de la voluntad anticipada, reconocida en la legislación de nuestro país. Mediante este instrumento, una persona puede expresar previamente su deseo de rechazar tratamientos que prolonguen artificialmente la vida en situaciones terminales. Cuando se orienta correctamente, la voluntad anticipada no es una forma de eutanasia, sino una herramienta para evitar la obstinación terapéutica. Sin embargo, es necesario interpretar estas disposiciones con claridad ética. Rechazar medios desproporcionados no equivale a solicitar la muerte. Tampoco puede entenderse como autorización para suprimir cuidados básicos o provocar deliberadamente el fallecimiento. La intención debe ser siempre respetar el proceso natural de la enfermedad, no adelantarlo.

Desde una valoración bioética, la ortotanasia representa el equilibrio adecuado: ni prolongar inútilmente ni abandonar. Aceptar la muerte cuando llega, aliviar el sufrimiento y acompañar con cercanía constituyen la respuesta coherente con la dignidad humana. Este enfoque permite afrontar el final de la vida con realismo, respeto y responsabilidad, sin convertir la muerte en instrumento ni en solución.

Principios bioéticos que orientan el cuidado al final de la vida

Para afrontar adecuadamente el final de la vida es necesario contar con criterios claros. La bioética ofrece principios que ayudan a proteger la dignidad humana y a evitar tanto la eliminación deliberada de la vida como la obstinación terapéutica.

El primero es el respeto a la vida humana. La vida no puede ser eliminada intencionalmente, pero tampoco debe mantenerse mediante tratamientos inútiles. La clave está en distinguir entre cuidar y provocar la muerte.

Otro criterio es la proporcionalidad terapéutica. No todos los tratamientos son obligatorios en toda circunstancia. Cuando un procedimiento ya no ofrece beneficio real o impone cargas excesivas, puede legítimamente suspenderse. Permitir que la muerte siga su curso natural no equivale a causarla.

El principio de no causar daño recuerda que causar intencionalmente la muerte es un acto incompatible con la dignidad humana. En cambio, aliviar el dolor, aunque pueda tener efectos secundarios no deseados, es moralmente legítimo cuando la intención es cuidar y no causar la muerte.

Buscar el bien del paciente implica ofrecer atención integral: control del dolor, acompañamiento humano y apoyo espiritual. Cuidar no es solo aplicar tratamientos, sino estar presente.

La justicia exige también que estos cuidados estén disponibles para todos. Garantizar acceso a atención digna y paliativa es una responsabilidad social.

Estos criterios permiten afrontar el final de la vida con equilibrio: ni adelantar la muerte ni prolongarla inútilmente, sino cuidar con respeto hasta el término natural de la existencia.

Trabajo en equipo: Discernimiento bioético comunitario

En equipos, dialogar a partir de las siguientes preguntas y compartir posteriormente las conclusiones con el grupo.

- ¿Qué significa afirmar que la dignidad humana no depende de la autonomía ni de la calidad de vida?
- ¿Cómo distinguir con claridad entre eutanasia, distanasia, mistanasia y ortotanasia?
- En nuestra realidad concreta, ¿cuál es el mayor riesgo: adelantar la muerte, prolongarla inútilmente o abandonar al enfermo?
- ¿Estamos preparados como comunidad para acompañar con responsabilidad el final de la vida?

ACTUAR: PROMOVER UNA CULTURA DEL CUIDADO DESDE FUNDAMENTOS SÓLIDOS

Fortalecer una cultura del respeto a la dignidad humana

El discernimiento realizado nos compromete a reafirmar que la dignidad humana no depende de la salud, la autonomía ni la productividad. En un contexto donde se presentan iniciativas para legalizar la eutanasia, es necesario recordar que la respuesta al sufrimiento no puede ser la eliminación de quien lo padece.

Promover una cultura del cuidado implica evitar tanto el encarnizamiento terapéutico como el abandono, y reconocer que la fragilidad no disminuye la dignidad intrínseca de la persona.

Acciones concretas:

- Organizar en tu comunidad parroquial, escuela o grupo apostólico una jornada formativa sobre dignidad humana y final de la vida.
- Elaborar y difundir un material sencillo (folleto, infografía o cápsula digital) que explique claramente la diferencia entre eutanasia, distanasia, mistanasia y ortotanasia.
- Incluir explícitamente el tema del respeto a la dignidad en la etapa final dentro de los programas formativos ordinarios (catequesis de adultos, formación de agentes, grupos juveniles).

Impulsar la formación bioética en nuestras comunidades

Muchas confusiones actuales surgen por no distinguir adecuadamente conceptos fundamentales. Una comunidad bien formada puede discernir con mayor serenidad y evitar decisiones basadas en presión social, emocional o información incompleta o falsa.

La formación bioética no es exclusiva de especialistas; es necesaria para familias, agentes de pastoral, profesionales de la salud y educadores.

Acciones concretas:

- Organizar un taller específico sobre bioética del final de la vida dirigido a agentes de pastoral, catequistas y coordinadores de grupos.
- Invitar a un médico o especialista en cuidados paliativos a ofrecer una charla formativa abierta a la comunidad.
- Formar un pequeño equipo (2–4 personas) que se encargue de preparar y compartir cápsulas formativas breves sobre estos temas durante el año.

Valorar y promover los cuidados paliativos

El alivio del dolor y el acompañamiento integral son respuestas concretas al sufrimiento. Cuando existen cuidados paliativos adecuados, disminuye la percepción de que la muerte es la única salida ante el dolor extremo.

Promover su conocimiento y acceso es una forma coherente de defender la dignidad sin caer en los extremos.

Acciones concretas:

- Investigar y compartir con la comunidad qué hospitales o centros de salud de la región ofrecen atención paliativa, para que las familias sepan a dónde acudir en caso necesario.
- Invitar a un profesional de la salud a explicar, de manera sencilla, qué son los cuidados paliativos y en qué momento pueden solicitarse.
- Orientar a las familias para que, ante una enfermedad grave, consulten oportunamente opciones de control del dolor y cuidado cercano, evitando tanto el abandono como la obstinación terapéutica.

Fortalecer una cultura de diálogo sereno y responsable

Ante la confusión que existe en torno al final de la vida, es importante fomentar un ambiente de diálogo respetuoso y bien informado dentro de nuestras comunidades. No se trata de confrontar, sino de ayudar a comprender mejor lo que está en juego cuando se habla de “muerte digna”.

Formar criterio no significa convertirnos en especialistas en leyes, sino aprender a distinguir con claridad entre cuidar, abandonar o provocar la muerte. Una comunidad que dialoga con serenidad evita caer en simplificaciones y posturas radicales.

Acciones concretas:

- Incluir un espacio breve de diálogo guiado sobre el final de la vida dentro de una reunión ordinaria de la parroquia, grupo o comunidad.

- Preparar una explicación sencilla (10–15 minutos) sobre los conceptos básicos aprendidos en este subsidio para compartirla con otros grupos.
- Promover en la comunidad una actitud de escucha y respeto cuando surjan opiniones distintas sobre estos temas.

Trabajo en equipo: Compromiso formativo

En equipos, definir una acción específica que pueda realizarse durante el próximo año para fortalecer la cultura del cuidado en la comunidad.

El equipo deberá precisar:

- ¿Qué necesidad concreta hemos detectado en nuestra comunidad?
- ¿Qué acción sencilla y realista podemos implementar?
- ¿Quiénes se comprometen a dar seguimiento?

El objetivo no es diseñar grandes proyectos, sino asumir un compromiso posible y sostenido en el tiempo.

CONCLUSIÓN

El final de la vida nos confronta con preguntas profundas sobre la dignidad humana, la libertad y el sentido del sufrimiento. Ante propuestas que buscan adelantar la muerte y ante prácticas que la prolongan sin sentido, el discernimiento bioético nos recuerda que la respuesta verdaderamente humana es el cuidado.

Ni provocar deliberadamente la muerte ni prolongar inútilmente el proceso de morir respetan plenamente la dignidad de la persona. El camino adecuado es el de la ortotanasia: aceptar el límite, aliviar el dolor y acompañar con responsabilidad hasta el término natural de la vida.

En el contexto actual de nuestro país, donde el tema sigue en discusión, estamos llamados a formar criterio, fortalecer la cultura del cuidado y defender con serenidad el valor incondicional de toda vida humana, especialmente cuando se encuentra en su momento más vulnerable.

ORACIÓN FINAL

Padre bueno,
fuente de toda vida y esperanza,
enséñanos a reconocer la dignidad de cada persona,
especialmente en la enfermedad y la fragilidad.

Danos luz para discernir con rectitud,
valentía para cuidar sin adelantar la muerte
y amor para acompañar hasta el final.

Haz de nosotros instrumentos de tu cuidado,
para que toda vida sea respetada hasta su término natural.
Amén.

JESÚS SANA AL PARALÍTICO



Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me recibirá.
(Sal 27, 10)

La persona no es un caso, es un rostro; no es un expediente, es una historia; no es un cuerpo que declina, es una dignidad que permanece. La vulnerabilidad no disminuye el valor, lo revela. La dependencia del cuerpo frágil no es indignidad, es ocasión de comunión con el otro.

Frente a la tentación cultural de acelerar el final cuando la vida pierde funcionalidad, la fe propone otra lógica: cuidar hasta el último latido. No porque se niegue el sufrimiento, sino porque se afirma que la vida

conserva su sentido aun cuando ya no produce, no decide con plena autonomía o no responde.

Acompañar no significa prolongar inútilmente tratamientos desproporcionados, pero tampoco abandonar. Significa estar. Sustener. Escuchar silencios. Orar cuando las palabras ya no alcanzan.

En un mundo que teme la debilidad, el Evangelio la abraza. En una cultura que idolatra la eficiencia, Cristo se identifica con el enfermo visitado. Y allí, en esa habitación donde una mano sostiene a otra, la bioética se vuelve caridad concreta.

TEMA 2. EL FINAL DE LA VIDA EN LA SAGRADA ESCRITURA Y EL MAGISTERIO

1. INTRODUCCIÓN: LA PALABRA DE DIOS Y EL MAGISTERIO ILUMINAN PARA ENTENDER Y VIVIR EL FINAL DE LA VIDA

La Sagrada Escritura, y el Magisterio de la Iglesia ofrecen una visión profunda y esperanzadora sobre el dolor, la enfermedad, y el final de la vida humana. Estos textos no solo abordan la realidad del sufrimiento, la enfermedad y la muerte, sino que la iluminan con el misterio de la redención en Cristo.

Para mí vivir es Cristo, y la muerte una ganancia (Filipenses 1, 21)

La pasión, muerte y resurrección de Cristo nos abre los ojos a una realidad que ninguna mente humana podría alcanzar: nuestra vida está en manos de Dios, y el final de la misma no es un mero cese de la existencia, sino un paso hacia la vida eterna. También nos enseña que el sufrimiento adquiere un sentido salvífico y la dignidad humana se transforma al unirnos a Cristo por el bautismo que nos abre las puertas a la eternidad como hijos en el Hijo (cf. Ef 1,5). Desde esta óptica, sea la Escritura como el Magisterio enfatizan el respeto absoluto

por la vida, el rechazo a prácticas como la eutanasia y la exhortación a unir nuestra cruz personal a la que llevó Cristo, fomentando una cultura de cuidado, solidaridad y esperanza en la resurrección.

En la semana por la vida del año 2026, la Dimensión Episcopal de Vida nos invita a recordar algunos documentos del magisterio de la Iglesia y a profundizar en la carta *«Samaritanus Bonus»* de la entonces Congregación para la Doctrina de la Fe, publicada en año 2020. Ese documento tiene como objetivo: *«iluminar a los pastores y a los fieles en sus preocupaciones y en sus dudas acerca de la atención médica, espiritual y pastoral debida a los enfermos en las fases críticas y terminales de la vida. Todos son llamados a dar testimonio junto al enfermo y transformarse en «comunidad sanadora» para que el deseo de Jesús, que todos sean una sola carne, a partir de los más débiles y vulnerables, se lleve a cabo de manera concreta. Se percibe en todas partes, de hecho, la necesidad de una aclaración moral y de una orientación práctica sobre cómo asistir a estas personas, ya que «es necesaria una unidad de doctrina y praxis» respecto a un tema tan delicado, que afecta a los enfermos más débiles en las etapas más delicadas y decisivas de la vida de una persona.»* (*Samaritanus bonus*, introducción).

En primer lugar, releamos la parábola del buen samaritano, y posteriormente repasemos algunos de los textos del Catecismo, así como de la carta *Samaritanus bonus*.

2. LA PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO. (LC 10, 30-37)

Jesús volvió a tomar la palabra y le respondió: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones, que lo despojaron de todo, lo hirieron y se fueron, dejándolo medio muerto. Casualmente bajaba por el mismo camino un sacerdote: lo vio y siguió de largo. También pasó por allí un levita: lo vio y siguió su camino. Pero un samaritano que viajaba por allí, al pasar junto a él, lo vio y se conmovió. Entonces se acercó y vendó sus heridas, cubriéndolas con aceite y vino; después lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al dueño del albergue, diciéndole: «Cuidalo, y lo que gastes de más, te lo pagaré al volver» ¿Cuál de los tres te parece que se portó como prójimo del hombre asaltado por los ladrones?». «El que tuvo compasión de él», le respondió el doctor. Y Jesús le dijo: «Ve, y procede tú de la misma manera».

3. EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El Catecismo de la Iglesia Católica (CEC) aborda el final de la vida condenando la eutanasia como un atentado contra la dignidad humana y presentando los sacramentos de la reconciliación y de la unción de los enfermos como medio excelente de consuelo y preparación para el paso a la eternidad.

- **Sobre la eutanasia (CEC 2276-2279):** El CEC afirma que las personas enfermas o debilitadas merecen un respeto especial para llevar una vida normal (2276). La eutanasia directa, que pone fin a la vida para suprimir el dolor, es moralmente inaceptable y equivale a un homicidio contrario a la dignidad humana y a Dios (2277: «Cualesquiera que sean los motivos y los medios, la eutanasia directa consiste en poner fin a la vida de personas disminuidas, enfermas o moribundas. Es moralmente inaceptable»). Se permite interrumpir tratamientos desproporcionados (encarnizamiento terapéutico), aceptando la muerte sin provocarla (2278). Los cuidados ordinarios no pueden interrumpirse, y los analgésicos son lícitos si no buscan la muerte como fin, promoviendo cuidados paliativos como caridad (2279: «El uso de analgésicos para aliviar los sufrimientos del moribundo, incluso con riesgo de abreviar sus días, puede ser moralmente conforme a la dignidad humana si la muerte no es pretendida»).
- **Sobre el sacramento de la reconciliación (CEC 1420):** En el sacramento de la reconciliación: el pecador, confiándose al juicio misericordioso de Dios, anticipa en cierta manera el juicio al que será sometido al fin de esta vida terrena. Porque es ahora, en esta vida, cuando nos es ofrecida la elección entre la vida y la muerte, y sólo por el camino de la conversión podemos entrar en el Reino del que el pecado grave nos aparta (cf 1 Co 5,11; Ga 5,19-21; Ap 22,15). Convirtiéndose a Cristo por la penitencia y la fe, el pecador pasa de la muerte a la vida «y no incurre en juicio» (Jn 5,24).
- **Sobre la unción de los enfermos (CEC 1499-1532):** Este sacramento reconforta a los enfermos graves, uniéndolos a la pasión de Cristo y preparándolos para el final de la vida (1499: «Con la sagrada unción de los enfermos y con la oración de los presbíteros, toda la Iglesia entera encomienda a los enfermos al Señor sufriente y glorificado para que los alivie y los salve»). La enfermedad revela la finitud humana y puede lle-

var a la madurez espiritual (1500-1501). Fundado en la Escritura (St 5:14-15), ofrece gracia para el perdón, la curación y la unión con Cristo en el sufrimiento (1510; 1520-1523: une al enfermo a la Pasión de Cristo, dando sentido redentor al sufrimiento). Es preparación para el tránsito final, configurando con la muerte y resurrección de Cristo (1523: «Preparación para el último tránsito»).

4. CARTA «SAMARITANUS BONUS». EL BUEN SAMARITANO: IMAGEN DE LA COMPASIÓN CRISTIANA ANTE EL ENFERMO Y DOLIENTE.

La carta *Samaritanus bonus* inicia transportándonos a la contemplación de la parábola del buen samaritano, y nos recuerda que: «El Buen Samaritano que deja su camino para socorrer al hombre enfermo (cfr. Lc 10, 30-37) es la imagen de Jesucristo que encuentra al hombre necesitado de salvación y cuida de sus heridas y su dolor con ‘el aceite del consuelo y el vino de la esperanza’».

En la expresión «aceite del consuelo y el vino de la esperanza» -que está tomada del Misal Romano-, el documento nos invita a considerar sea la caridad misericordiosa en el sufrimiento en esta vida, como también la mirada que se dirige hacia la eternidad. En efecto, la compasión de Cristo hacia el que sufre no consiste únicamente en una preocupación por la salud en lo corporal, ni tampoco en una exhortación a despreciar el cuidado del enfermo aquí en la tierra justificándonos en que nuestra mirada debe estar fijada en la eternidad.

Esta integración real y concreta del amor de Cristo hacia la enfermedad y hacia el final de la vida es la que nos debe guiar. No separar el amor y cuidado hacia el enfermo en su cuerpo al tiempo que se da sentido a esa enfermedad y cuidado conscientes de la caducidad de nuestra vida.

En la carta se exponen cinco capítulos, los primeros cuatro asientan las premisas doctrinales para el capítulo quinto, que describe más concretamente las pautas morales para la pastoral de la salud de personas vulnerables, enfermas o en el final de la vida.

4.1. «Hacerse cargo del prójimo». La carta reconoce que «el sufrimiento, lejos de ser eliminado del horizonte existencial de la persona, continúa generando una inagotable pregunta por el sentido de la vida». No se presenta el buen samaritano como alguien que cura sino alguien que cuida al que ha sido herido. El cuidado va más allá de la curación. Por ello, el personal médico y sanitario no solo tienen

el objetivo de curar la enfermedad, sino de cuidar a la persona enferma. Esto abre la puerta a entender los límites del tratamiento (evitar el encarnizamiento terapéutico) así como el rechazo de la eutanasia (que acaba con el enfermo, no con la enfermedad).

4.2. La experiencia viviente del Cristo sufriente y el anuncio de la esperanza.

El documento a continuación hace presente que: «Si la figura del Buen samaritano ilumina de luz nueva la práctica del cuidado, la experiencia viviente del Cristo sufriente, su agonía en la Cruz y su Resurrección, son los espacios en los que se manifiesta la cercanía del Dios hecho hombre en las múltiples formas de la angustia y del dolor». De modo que nos ayuda a comprender que «todo enfermo tiene necesidad no solo de ser escuchado, sino de comprender que el propio interlocutor ‘sabe’ que significa sentirse solo, abandonado, angustiado frente a la perspectiva de la muerte, al dolor de la carne, al sufrimiento que surge cuando la mirada de la sociedad mide su valor en términos de calidad de vida y lo hace sentir una carga para los proyectos de otras personas».

De ahí que la Iglesia nos invite a mirar en el enfermo a Cristo que sufre, y dejar que sea Cristo quien ayude a interpretar esa vulnerabilidad. Igualmente, es Cristo en la cruz quien se convierte en sentido para el que sufre, y que invita a comprender ese tránsito final a la luz no solo de su pasión sino también de su resurrección. Se añade además que el enfermo puede ver en Cristo un consuelo en lo que respecta a la familia que se deja al afrontar la muerte. Los enfermos pueden sentirse preocupados por sus cónyuges o hijos, y la palabra de Cristo a su madre y al apóstol le sirven de referencia para la confianza: «Mujer, he ahí a tu hijo, hijo, he ahí a tu madre» (Jn 19, 26-27)

4.3. El «corazón que ve» del samaritano: la vida humana es un don sagrado e inviolable. «El hombre, en cualquier condición física o psíquica que se encuentre, mantiene su dignidad originaria de haber sido creado a imagen de Dios. Puede vivir y crecer en el esplendor divino porque está llamado a ser a «imagen y gloria de Dios» (1 Co 11, 7; 2 Co 3, 18). Su dignidad está en esta vocación. Dios se ha hecho hombre para salvarnos, prometiéndonos la salvación y destinándonos a la comunión con Él: aquí descansa el fundamento último de la dignidad humana. Pertenece a la Iglesia el acompañar con misericordia a los más débiles en su camino de dolor, para mantener en ellos la vida teologal y orientarlos a la salvación de Dios. Es la Iglesia del Buen Samaritano, que *‘considera el servicio a los enfermos como parte integrante de su misión’*. Comprender esta

mediación salvífica de la Iglesia en una perspectiva de comunión y solidaridad entre los hombres es una ayuda esencial para superar toda tendencia reduccionista e individualista».

4.4. Los obstáculos culturales que oscurecen el valor sagrado de toda vida humana. El documento refiere 4 obstáculos o confusiones culturales que afectan de modo importante la visión de la dignidad humana en el enfermo o en quien está cerca del final de su vida. Son:

- a. El mal uso del término «muerte digna».
- b. La distorsión del término «compasión».
- c. El individualismo.
- d. La cultura del descarte.

Estos cuatro obstáculos hacen difícil comprender la dignidad de la persona enferma o vulnerable, y el acompañamiento compasivo genuino.

4.5. La enseñanza del magisterio. En el capítulo quinto la congregación para la doctrina de la fe recorre doce aspectos concretos de la adecuada atención del enfermo o de quien se acerca al final de la vida. Estos son:

- a. La prohibición de la eutanasia y el suicidio asistido.
- b. La obligación de evitar el ensañamiento terapéutico.
- c. Los cuidados básicos: el deber de la hidratación y la alimentación.
- d. Los cuidados paliativos.
- e. El papel de la familia y de quienes hospedan a enfermos.
- f. El acompañamiento y cuidado en la edad prenatal y pediátrica.
- g. Las terapias analgésicas y la supresión de la conciencia.
- h. El estado vegetativo y el estado de mínima conciencia.
- i. La objeción de conciencia por parte de personal e instituciones sanitarias.
- j. El acompañamiento pastoral y el apoyo de los sacramentos.
- k. El discernimiento pastoral hacia quien pide la eutanasia o el suicidio asistido.
- l. La reforma del sistema educativo y la formación de los agentes sanitarios.

Estos aspectos han sido tratados en los otros capítulos del presente subsidio de la dimensión episcopal de vida.

5. CONCLUSIÓN

La Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia convergen en una visión esperanzadora del final de la vida: un momento de gracia donde el sufrimiento se une a Cristo, la dignidad humana se defiende incondicionalmente y la muerte se transforma en puerta a la eternidad. Rechazando la eutanasia, el encarnizamiento terapéutico y otros atentados contra la dignidad de la vida de cada persona humana, estos textos llaman a una cultura de cuidado y confianza en Dios, quien promete victoria sobre el dolor y la muerte. Así, el discípulo es invitado a vivir el final de la vida con fe y esperanza, confiado en alcanzar la plenitud de la caridad en el encuentro eterno con Dios.

JESÚS CRUCIFICADO

SEÑOR DEL CORO, Iglesia y Convento de la Merced en Cusco, Perú.



¿Dónde está, muerte, tu victoria?
¿Dónde está tu aguijón? (1 Co 15, 55)

La victoria de Cristo sobre la muerte no elimina el dolor ni suprime la fragilidad propia del final de la vida, pero impide que la muerte sea vista como una derrota o un absurdo. Desde la cruz y la Resurrección, el sufrimiento no queda vacío: es asu-

mido, redimido y abierto a una esperanza que no se agota en lo físico.

El crucificado ilumina la oscuridad que implica la muerte y la inserta en un horizonte de comunión definitiva con Dios. En Cristo, el morir se convierte en tránsito, en paso pascual hacia la plenitud de la vida.

TEMA 3. ASPECTOS PASTORALES AL FINAL DE LA VIDA

ACOMPañAR CON VERDAD, COMPASIÓN Y ESPERANZA

El final de la vida constituye uno de los momentos más delicados y sagrados de la existencia humana. Desde una perspectiva pastoral, no se trata solo de un evento biológico, sino de un proceso humano, espiritual y relacional que requiere cercanía, discernimiento y profunda sensibilidad ética. La Iglesia, fiel a su misión de anunciar la esperanza, está llamada a acompañar este tránsito con respeto por la dignidad de la persona y confianza en la vida eterna.

1. LA DIGNIDAD INVOLABLE HASTA EL ÚLTIMO INSTANTE

La persona humana conserva su dignidad independientemente de su estado de salud, conciencia o dependencia. El Magisterio recuerda que la vida humana es un don de Dios y que nadie pierde su valor por encontrarse en situación de fragilidad extrema¹.

¹ Cf. *Evangelium Vitae*, n. 2 y 87.

En el acompañamiento pastoral, esto implica:

- Defender la vida frente a prácticas que buscan suprimirla deliberadamente.
- Evitar el encarnizamiento terapéutico.
- Promover cuidados proporcionales y humanizados.

La dignidad no se mide por la autonomía ni por la productividad, sino por el simple hecho de ser persona.

2. ACOMPAÑAR EL SUFRIMIENTO CON SENTIDO

El sufrimiento al final de la vida puede ser físico, psicológico, social y espiritual. La pastoral está llamada a ayudar a la persona a integrar esta experiencia, evitando tanto la trivialización del dolor como su absolutización².

El acompañamiento implica:

- Escucha profunda y presencia silenciosa.
- Facilitar la reconciliación (con Dios, consigo mismo y con los demás).
- Recordar que el sufrimiento, unido a Cristo, puede adquirir un sentido redentor³.

No se trata de exaltar el dolor, sino de humanizarlo y sostenerlo con esperanza.

3. LA IMPORTANCIA DE LOS CUIDADOS PALIATIVOS

Desde la ética cristiana, los cuidados paliativos constituyen una respuesta profundamente humana al sufrimiento grave e irreversible. No buscan acelerar

² Cf. *Salvifici Doloris*, nn. 9-14.

³ *Ibíd.*, n. 19-23.

la muerte ni prolongarla de manera desproporcionada, sino aliviar el dolor y acompañar integralmente⁴.

La acción pastoral puede:

- Favorecer decisiones prudentes según el principio de proporcionalidad terapéutica.
- Acompañar a las familias en el discernimiento.
- Recordar que “cuidar” es siempre posible, incluso cuando “curar” ya no lo es.

4. LOS SACRAMENTOS COMO FORTALEZA EN LA FRAGILIDAD

En el final de la vida, la Iglesia ofrece una presencia sacramental que sostiene la esperanza:

- La Reconciliación, que sana heridas interiores.
- La Unción de los Enfermos, sacramento de consuelo y fortaleza⁵.
- La Eucaristía como Viático, alimento para el paso a la vida eterna⁶.

Estos signos no son ritos de despedida, sino sacramentos de vida y comunión.

5. ACOMPAÑAR A LA FAMILIA Y PREPARAR EL DUELO

El acompañamiento pastoral no se limita al enfermo; incluye a la familia, que también vive angustia, culpa o incertidumbre. Es fundamental:

- Brindar información clara y apoyo espiritual.
- Ayudar a elaborar anticipadamente el duelo.
- Sostener después de la muerte con cercanía y oración.

⁴ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Samaritanus Bonus*, n. V.

⁵ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn. 1499-1532.

⁶ *Ibíd.*, nn. 1524-1525.

La muerte, iluminada por la fe, no es el final definitivo, sino el paso hacia la plenitud prometida por Cristo⁷.

6. ESPERANZA CRISTIANA ANTE LA MUERTE

La pastoral del final de la vida no es un discurso moralizante, sino un anuncio de esperanza. La fe proclama que Cristo ha vencido la muerte y que nuestra vida está llamada a la comunión eterna con Dios⁸.

Acompañar bien el final de la vida es proclamar, con gestos y palabras, que el amor es más fuerte que la muerte.

⁷ Cf. *Spe Salvi*, n. 37-40.

⁸ Cf. *Gaudium et Spes*, n. 22.

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

JAIME DOMÍNGUEZ M. *Sagrado Corazón de Jesús*, Colección de arte religioso contemporáneo.



Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio. (Mt 11, 29)

El “yugo” que Jesús propone no es carga que aplasta, sino vínculo que sostiene. En la etapa final, donde el dolor físico, el cansancio emocional

y las preguntas últimas se entrelazan, estamos llamados a hacer visible esa paciencia y humildad del corazón de Jesús: permanecer cerca, escuchar sin prisa, ofrecer consuelo y recordar que el alivio no siempre es ausencia de sufrimiento, sino presencia que transforma la soledad en comunión.

ESPIRITUALIDAD

«El sufrimiento es también una llamada a manifestar la grandeza moral del hombre, su madurez espiritual.» (SD, 22)

La afirmación de San Juan Pablo II en *Salvifici Doloris* no romantiza el dolor ni lo convierte en un ideal. Lo coloca en su verdadero terreno: el de la libertad interior. El sufrimiento, inevitable en la condición humana, no es bueno en sí mismo; pero puede convertirse en espacio de verdad, de profundidad y de crecimiento cuando es asumido con sentido.

La madurez espiritual no consiste en no sufrir, sino en integrar el sufrimiento dentro de una historia de fe, esperanza y caridad.

Los recursos que se presentan a continuación no pretenden ofrecer

respuestas simplistas ni fórmulas piadosas, sino caminos de acompañamiento, discernimiento y sentido. Se trata de iluminar el final de la vida no solo desde criterios clínicos o normativos, sino desde la experiencia viva de un Dios que no se mantiene distante ante el dolor humano.

Que estos contenidos ayuden a descubrir que incluso en la etapa más vulnerable de la existencia, la persona está llamada a una plenitud que no se agota en los límites del tiempo.

HORA SANTA. LA DIGNIDAD DE LA VIDA HUMANA

INTRODUCCIÓN

En esta Hora Santa contemplamos la verdad fundamental sobre el don de la vida. Es un regalo de nuestro Creador por habernos hecho a su imagen y semejanza, nuestra dignidad es intocable porque lleva su sello de amor infinito y naturaleza divina.

INVOCACIÓN

Señor, te pedimos que nos acompañes en esta Hora Santa y nos ayudes a reflexionar sobre el valor de la vida y la dignidad humana.

LECTURA BÍBLICA 1 (GN 1, 26-27)

«Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza... Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.»

REFLEXIÓN

La vida humana es un don de Dios, creado a su imagen y semejanza. Cada persona tiene un valor y una dignidad inherentes, independientemente de su edad, condición social o circunstancias.

ORACIÓN

Señor, te damos gracias por el don de la vida y por la dignidad que nos has dado. Ayúdanos a respetar y valorar la vida de cada persona, y a trabajar por un mundo más justo y compasivo.

LECTURA BÍBLICA 2 (SAL 139, 13-14)

«Tú me has formado en el seno materno, me has tejido en el vientre de mi madre... Te doy gracias, porque me has hecho de manera maravillosa.»

REFLEXIÓN

Cada persona es única y valiosa, creada con un propósito y un plan divino. Nuestra vida es un regalo precioso que debemos cuidar y proteger.

ORACIÓN

Señor, te pedimos que nos ayudes a reconocer el valor de cada vida y a trabajar por la justicia y la compasión en nuestro mundo.

LECTURA BÍBLICA 3 (MT 25, 31-46)

«Porque tuve hambre, y me diste de comer; tuve sed, y me diste de beber... En verdad os digo, en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.»

REFLEXIÓN

Jesús nos enseña que cada persona es un hermano o hermana, y que lo que hacemos a los demás, lo hacemos a Él. Debemos amar y servir a los demás como si fueran Cristo mismo.

ORACIÓN

Señor, te pedimos que nos ayudes a ver a cada persona como un hermano o hermana, y a servirlos con amor y compasión.

LECTURA BÍBLICA 4 (JN 10, 10)

«Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.»

REFLEXIÓN

Jesús nos ofrece la vida en abundancia, una vida llena de propósito, significado y felicidad. Debemos aceptar su oferta y compartirla con los demás.

ORACIÓN

Señor, te pedimos que nos ayudes a aceptar tu oferta de vida en abundancia y a compartirla con los demás.

LECTURA BÍBLICA 5 (1 CO 13, 13)

«Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.»

REFLEXIÓN

El amor es el mayor de los dones, y es el que nos une a Dios y a los demás. Debemos amar a los demás como Dios nos ama.

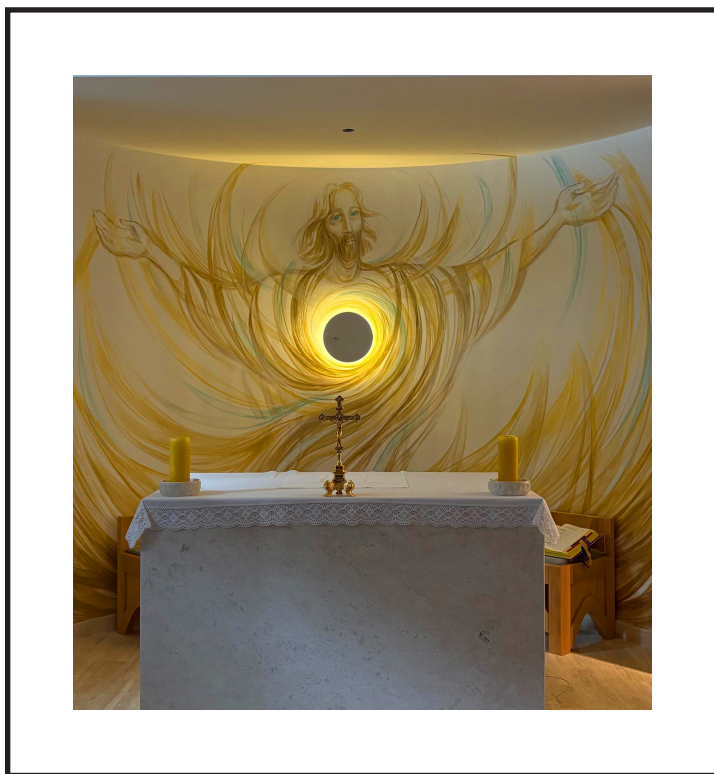
ORACIÓN

Señor, te pedimos que nos ayudes a amar a los demás como tú nos amas, y a vivir el amor en todas nuestras relaciones.

SILENCIO Y REFLEXIÓN

ORACIÓN FINAL

Señor, te pedimos que nos ayudes a valorar y respetar la vida de cada persona, y a trabajar por un mundo más justo y compasivo.
Amén



*Cristo Resucitado. Casa Franciscana de Oración Masna
Luka en Bosnia y Herzegovina.*

"¡Sanad a los enfermos!" (Mt 10,8). La Iglesia ha recibido esta tarea del Señor e intenta realizarla tanto mediante los cuidados que proporciona a los enfermos, como por la oración de intercesión con la que los acompaña. Cree en la presencia vivificante de Cristo, médico de las almas y de los cuerpos. Esta presencia actúa particularmente a través de los sacramentos, y de manera especial por la Eucaristía, pan que da la vida eterna (cf Jn 6,54.58) y cuya conexión con la salud corporal insinúa san Pablo (cf 1 Co 11,30).

CEC, 1509

NOVENA. TESTIMONIO DE VIDA Y ENTREGA

Iniciamos este camino de oración en un momento histórico para nuestra patria: el Centenario del inicio de la persecución cristera. Esta novena no es solo un recuerdo del pasado, sino un grito de esperanza para el presente. Al meditar en el sacrificio de quienes dieron su sangre por Cristo y por su Iglesia, redescubrimos que la dignidad humana no es una concesión del Estado, sino un sello de la gracia divina.

Acompañados por el Hijo de Dios que se hizo carne por nosotros, que santificó cada etapa de nuestra existencia humana, desde la concepción hasta su muerte natural; pedimos la gracia de ser “mártires cotidianos” que promueven, cuidan y defienden la vida de toda persona. Que el “¡Viva Cristo Rey!” de nuestros mártires cristeros se convierta hoy en un “¡Viva la Vida!” activo y valiente.

DÍA 1: EL ORIGEN DE TODO Y LA DIGNIDAD INFINITA DEL SER HUMANO

Reflexión:

Nuestra existencia no es un derecho autoproclamado, sino un don recibido. El valor de la vida no depende de nuestra salud, utilidad o riqueza, sino de su origen: Dios. Al reconocer que Él es el autor, entendemos que la dignidad humana es intocable. No somos dueños de nosotros mismos, somos administradores de un milagro.

Fundamento:

“Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía” (Jr 1, 5). San Juan Pablo II enseñaba que la vida humana es sagrada porque desde su inicio comporta la acción creadora de Dios (*Evangelium Vitae*, 2).

Oración:

Señor, enséñanos a mirarnos con Tus ojos, reconociendo que cada latido es un regalo tuyo.

Compromiso:

Hoy evitaré cualquier queja sobre mi salud o apariencia, agradeciendo el milagro de estar vivo.

Jaculatorias:

Guía: ¡Viva Cristo Rey y Señor de la Vida!

Todos: ¡Que por su sangre seamos valientes testigos de su amor!

Guía: Santa María de Guadalupe, Madre de la Vida y Reina de los Mártires.

Todos: Protege nuestra nación y haz que en ella florezca la paz y la dignidad. Amén.

DÍA 2: MÁRTIRES CUSTODIOS DE LA VIDA Y LA VERDAD

Reflexión:

El mártir no desprecia la vida terrenal; al contrario, la valora tanto que no permite que se corrompa con la mentira o la traición. Los mártires cristeros cuidaron su vida espiritual por encima de la biológica, recordándonos que vivir plenamente es vivir en coherencia con la Verdad que nos creó.

Fundamento:

“No tengan miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma” (Mt 10, 28). San Ignacio de Antioquía decía: “Dejadme ser alimento de las fieras, para que por ellas pueda encontrar a Dios”.

Oración:

Danos, Señor, la valentía de los mártires para no traicionar nuestras convicciones por comodidad.

Compromiso:

Haré un acto de presencia o defensa de mi fe en una conversación donde la Verdad sea cuestionada.

Jaculatorias:

Guía: ¡Viva Cristo Rey y Señor de la Vida!

Todos: ¡Que por su sangre seamos valientes testigos de su amor!

Guía: Santa María de Guadalupe, Madre de la Vida y Reina de los Mártires.

Todos: Protege nuestra nación y haz que en ella florezca la paz y la dignidad. Amén.

DÍA 3: LA TRAMPA DEL MUNDO ES QUERER EL CONTROL DE TODO

Reflexión:

El mundo moderno busca el control: decidir cuándo comienza la vida y cuándo debe terminar. Esta es la soberbia del Edén; la fe nos enseña que la grandeza del hombre está en la aceptación del misterio. Al intentar controlar la muerte o el inicio, perdemos la capacidad de asombro ante Dios.

Fundamento:

“En su mano está la vida de todo viviente” (Job 12, 10). El Catecismo afirma que la vida humana debe ser respetada y protegida de manera absoluta desde el momento de la concepción (CEC 2270).

Oración:

Dios Padre, quita de nuestro corazón el deseo de ser dioses y devuélvenos la humildad de ser Tus hijos.

Compromiso:

Rezaré un misterio del Rosario por los legisladores, para que respeten el orden natural de la vida.

Jaculatorias:

Guía: ¡Viva Cristo Rey y Señor de la Vida!

Todos: ¡Que por su sangre seamos valientes testigos de su amor!

Guía: Santa María de Guadalupe, Madre de la Vida y Reina de los Mártires.

Todos: Protege nuestra nación y haz que en ella florezca la paz y la dignidad. Amén.

DÍA 4: PONER EL PECHO, NO LA BALA

Reflexión:

Esta es la esencia del cristiano: defender la vida con el sacrificio propio, nunca con la destrucción del prójimo. El mártir pone el pecho a la bala como escudo de fe, pero no dispara la bala, porque sabe que no le pertenece quitar lo que solo Dios puede dar. El amor cristiano es siempre una entrega al servicio de Dios y de los demás, jamás una agresión.

Fundamento:

“Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que empuñan espada, a espada morirán” (Mt 26, 52). San Cipriano de Cartago recordaba que “no nos es lícito matar, sino estar listos para ser muertos”.

Oración:

Señor, haznos instrumentos de paz que prefieran sufrir la injusticia antes que cometerla.

Compromiso:

Perdonaré hoy una ofensa de corazón y no responderé con agresión ante una provocación.

Jaculatorias:

Guía: ¡Viva Cristo Rey y Señor de la Vida!

Todos: ¡Que por su sangre seamos valientes testigos de su amor!

Guía: Santa María de Guadalupe, Madre de la Vida y Reina de los Mártires.

Todos: Protege nuestra nación y haz que en ella florezca la paz y la dignidad. Amén.

DÍA 5: LA VIDA POR LA VIDA

Reflexión:

Cristo dijo: “Yo soy la Vida”. Por lo tanto, cuando un mártir muere por Dios, está entregando su vida biológica a cambio de la Vida Eterna y Absoluta. No es un intercambio de pérdida, sino de plenitud; dar la vida por Dios es asegurar que esa vida regrese a su Fuente.

Fundamento:

“El que pierda su vida por mí, la encontrará” (Mt 16, 25). San Agustín enseñaba que la muerte de los mártires es preciosa porque compró la inmortalidad al precio de su sangre.

Oración:

Jesús, Vida nuestra, que no tengamos miedo de gastar nuestra existencia sirviendo a los demás por amor a Ti.

Compromiso:

Ofreceré mi cansancio del trabajo o estudio por la salvación de las almas.

Jaculatorias:

Guía: ¡Viva Cristo Rey y Señor de la Vida!

Todos: ¡Que por su sangre seamos valientes testigos de su amor!

Guía: Santa María de Guadalupe, Madre de la Vida y Reina de los Mártires.

Todos: Protege nuestra nación y haz que en ella florezca la paz y la dignidad. Amén.

DÍA 6: EN LA VULNERABILIDAD Y PERSECUCIÓN, DIGNIDAD INFINITA

Reflexión:

En el martirio, el cuerpo es vulnerado, pero la dignidad permanece intacta. Así como el niño en el vientre o el enfermo parecen “indefensos”, su valor ante Dios es infinito. La verdadera fuerza está en la integridad de un alma que se sabe amada por su Creador.

Fundamento:

“Mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza” (2 Co 12, 9). San Ambrosio decía que “el cuerpo es el vaso, pero la dignidad es el tesoro que contiene”.

Oración:

Padre, cuida a los más vulnerables y danos la luz para ver Tu rostro en el que sufre.

Compromiso:

Visitaré o llamaré a una persona anciana o enferma para recordarle lo valiosa que es.

Jaculatorias:

Guía: ¡Viva Cristo Rey y Señor de la Vida!

Todos: ¡Que por su sangre seamos valientes testigos de su amor!

Guía: Santa María de Guadalupe, Madre de la Vida y Reina de los Mártires.

Todos: Protege nuestra nación y haz que en ella florezca la paz y la dignidad. Amén.

DÍA 7: TESTIGOS DE LO INVISIBLE

Reflexión:

Quien dispara la bala cree tener poder, pero el que perdona mientras recibe el impacto es el verdadero libre. El mártir vence a la muerte porque no permite que el odio mate su alma. Valorar la vida propia y la del enemigo es el testimonio más alto de que Dios es el único Señor.

Fundamento:

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34). El Beato Anacleto González Flores dijo antes de morir: “Por segunda vez oigan las regiones de la tierra: ¡Yo muero, pero Dios no muere!”.

Oración:

Señor, libranos del odio que encadena y danos la libertad de perdonar a quienes nos persiguen.

Compromiso:

Rezará un Padre Nuestro específicamente por la conversión de quienes promueven la cultura de la muerte.

Jaculatorias:

Guía: ¡Viva Cristo Rey y Señor de la Vida!

Todos: ¡Que por su sangre seamos valientes testigos de su amor!

Guía: Santa María de Guadalupe, Madre de la Vida y Reina de los Mártires.

Todos: Protege nuestra nación y haz que en ella florezca la paz y la dignidad. Amén.

DÍA 8: CIEN AÑOS DE SEMILLA ESPARCIDA EN MÉXICO

Reflexión:

A un siglo del inicio de la persecución cristera, su sangre sigue clamando por el respeto a la vida en México y por la libertad religiosa. Ellos murieron para que nosotros tuviéramos la libertad de amar la vida. Su sacrificio es un llamado a defender al no nacido, al desamparado, al débil, y a toda vida humana, con firmeza cristera.

Fundamento:

“La sangre de los mártires es semilla de cristianos” (Tertuliano). “Si el grano de trigo no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto” (Juan 12, 24).

Oración:

Gracias, Señor, por los mártires de nuestra tierra; que su semilla florezca en una nación que proteja cada vida.

Compromiso:

Compartiré en mis redes o con mi familia un mensaje sobre la importancia de defender la vida desde la concepción hasta la muerte natural.

Jaculatorias:

Guía: ¡Viva Cristo Rey y Señor de la Vida!

Todos: ¡Que por su sangre seamos valientes testigos de su amor!

Guía: Santa María de Guadalupe, Madre de la Vida y Reina de los Mártires.

Todos: Protege nuestra nación y haz que en ella florezca la paz y la dignidad. Amén.

DÍA 9: LA ENCARNACIÓN: DIOS SE HACE VIDA EN NUESTRA CARNE

Reflexión:

Hoy (25 de marzo) celebramos que Dios no solo creó la vida, sino que se hizo una con ella en el vientre de María. Al hacerse embrión, Cristo santificó cada etapa de nuestra existencia. La vida alcanza su máximo valor cuando se convierte en un acto de amor puro.

Fundamento:

“Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14). San Ireneo decía: “La gloria de Dios es que el hombre viva, y la vida del hombre es la visión de Dios”.

Oración:

María, Madre de la Vida, ayúdanos a decir “Sí” al plan de Dios con la misma entrega que Tú y los mártires.

Compromiso:

Realizaré una hora de adoración o una oración especial de acción de gracias por mi propia vida y la de mi familia.

Jaculatorias:

Guía: ¡Viva Cristo Rey y Señor de la Vida!

Todos: ¡Que por su sangre seamos valientes testigos de su amor!

Guía: Santa María de Guadalupe, Madre de la Vida y Reina de los Mártires.

Todos: Protege nuestra nación y haz que en ella florezca la paz y la dignidad. Amén.



«Con María, Madre de Cristo, que estaba
junto a la Cruz, nos detenemos ante todas
las cruces del hombre de hoy.» (SD, 32)

NOVENA. EN EL OCASO DE MI VIDA

Para quienes desean contemplar la vida con serenidad, gratitud y esperanza, reconociendo que cada etapa —incluido el ocaso— es un lugar donde Dios sigue obrando con ternura.

DÍA 1 – LA VIDA ES UN VIAJE

Reflexión

La vida es un camino que Dios nos regala para aprender a amar. Cada paso, cada encuentro, cada herida y cada alegría han sido parte de un viaje único que Él ha acompañado silenciosamente. En el ocaso de la vida, uno descubre que nada ha sido inútil: todo ha sido oportunidad de gracia. (Leer: *Christus Vivit* 20)

Oración

Amado Padre, te doy gracias por el don de la vida, por tu amor y tu cercanía constante. Enséñame a mirar mi historia con tus ojos, a reconocer tu mano en cada etapa y a vivir cada día

con propósito. Que mis palabras, mis gestos y mis silencios sigan siendo un acto de amor y servicio.

Intención del día

Pedir la gracia de reconocer la belleza de la propia historia.

DÍA 2 – EL TIEMPO ES UN REGALO

Reflexión

El tiempo no es un enemigo, sino un maestro. Cada día es una oportunidad nueva para crecer, reconciliarse, agradecer y amar. En la madurez de la vida, uno comprende que el tiempo es un don que no debe desperdiciarse. (Leer: *Evangelii Gaudium* 222-225)

Oración

Padre amado, envíame tu Espíritu Santo para que, con su sabiduría, aprenda a aprovechar el tiempo que me das. Enséñame a vivir con intensidad, sin prisas ni angustias, sabiendo que cada momento es un regalo de tu amor.

Intención del día

Pedir sabiduría para vivir el presente con plenitud.

DÍA 3 – LA VEJEZ ES UNA ETAPA

Reflexión

La vejez no es un fracaso, sino una estación luminosa donde el alma aprende a descansar en Dios. Es un tiempo para contemplar, agradecer y ofrecer. Dios no abandona a quienes envejecen; al contrario, los mira con especial

ternura. (Leer: Papa Francisco, Catequesis sobre la vejez, Audiencia General, 23 de marzo de 2022)

Oración

Padre, dame la gracia de aceptar la vejez con dignidad y serenidad. Que no pierda la fe, la esperanza ni la paz. Ayúdame a descubrir que también ahora puedo dar fruto y ser testigo de tu amor.

Intención del día

Pedir serenidad para abrazar esta etapa con confianza.

DÍA 4 – LA MEMORIA ES UN TESORO

Reflexión

Los recuerdos son semillas de gratitud. En ellos descubrimos la fidelidad de Dios, los rostros que nos han amado y las huellas que hemos dejado. Recordar no es quedarse en el pasado, sino reconocer la obra de Dios en la propia vida. (Leer: *Amoris Laetitia* 192-193)

Oración

Padre mío, concédeme la gracia de recordar con alegría los momentos felices que me has regalado. Que mis recuerdos despierten gratitud, paz y esperanza. Ayúdame a ver tu presencia en cada paso que he dado.

Intención del día

Pedir un corazón agradecido por la historia vivida.

DÍA 5 – LA FAMILIA ES UN DON

Reflexión

La familia es el primer lugar donde aprendemos a amar y ser amados. En el ocaso de la vida, la familia se convierte en un refugio, un abrazo y un legado. Dios bendice a quienes han amado con fidelidad. (Leer: *Familiaris Consortio* 11)

Oración

Amado Padre, bendice a mi familia, a mis seres queridos y a mis amigos. Protégelos, fortalécelos y acompáñalos. Ayúdame a amarlos con paciencia y ternura, especialmente en este momento de mi vida.

Intención del día

Pedir bendición y unidad para la propia familia.

DÍA 6 – LA FE ES UNA LUZ

Reflexión

La fe ilumina incluso los días más oscuros. En la madurez de la vida, la fe se vuelve más sencilla, más pura, más confiada. Es la certeza de que Dios sostiene, guía y acompaña. (Leer: *Lumen Fidei* 27-28)

Oración

Señor mío, aumenta mi fe. Dame tranquilidad y paz para enfrentar el ocaso de mi vida con esperanza. Que tu amor y tu providencia sean mi descanso y mi fortaleza.

Intención del día

Pedir una fe firme y consoladora.

DÍA 7 – LA MUERTE ES UN PASO

Reflexión

La muerte no es el final, sino el umbral hacia la plenitud. Quien ha amado a Dios no teme encontrarse con Él. La vida eterna es la promesa que sostiene al creyente en su última etapa. (Leer: Spe Salvi 10)

Oración

Padre amado, dame la gracia de aceptar la muerte como un paso hacia la vida eterna. Que mi corazón viva en paz, esperando el día en que pueda ver tu rostro y gozar de tu amor y perdón.

Intención del día

Pedir confianza en la promesa de la vida eterna.

DÍA 8 – LA VIDA ES UN REGALO

Reflexión

La vida es un don que no se repite. Incluso en el ocaso, sigue siendo un regalo lleno de posibilidades. Dios nos invita a vivir con gratitud, reconociendo que cada día es una oportunidad para amar. (Leer: Evangelii Gaudium 274)

Oración

Padre, te doy gracias por el don de mi vida y por haberte conocido. Ayúdame a vivir cada día con gratitud, aprovechando cada momento para amarte y servirte según mi estado de vida.

Intención del día

Pedir un corazón agradecido y generoso.

DÍA 9 – EL AMOR ES ETERNO

Reflexión

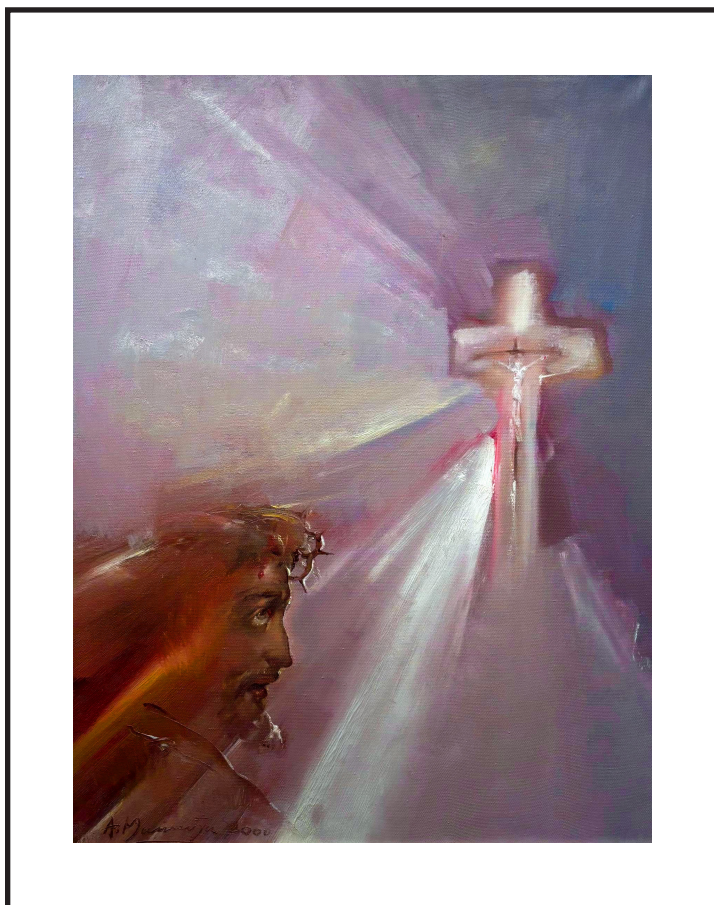
El amor es lo único que permanece. Todo pasa, pero el amor de Dios no se agota. En el ocaso de la vida, el alma descubre que el amor es la verdadera herencia que deja y el verdadero tesoro que se lleva. (Leer: Fratelli Tutti 92)

Oración

Espíritu Santo, dame la gracia de amar sin medida. Concédeme la paz que nace de tu amor eterno. Que viva cada día con la certeza de tu misericordia y encuentre serenidad en mi alma.

Intención del día

Pedir la gracia de amar como Dios ama.



Jesús viendo su crucifixión, Año 2000

«Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento, como alguien ante quien se aparta el rostro, tan despreciado, que lo tuvimos por nada. Pero él soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias, y nosotros lo considerábamos golpeado, herido por Dios y humillado. El fue traspasado por nuestras rebeldías y triturado por nuestras iniquidades. El castigo que nos da la paz recayó sobre él y por sus heridas fuimos sanados.» (Is 53, 3-5)

HOMILÍA. LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS

*Propuesta de homilía para la semana de la vida.
La Encarnación del Hijo de Dios y su dignidad infinita
en el ser humano (Dignitas infinita)*

Queridos hermanos en Cristo:

Hoy contemplamos el misterio que está en el corazón de nuestra fe: el Hijo de Dios se hizo hombre, asumió nuestra carne, entró en nuestra historia, compartió nuestra fragilidad y elevó a cada ser humano a una dignidad que no puede ser medida ni destruida. El reciente documento *Dignitas Infinita* (2024) nos recuerda con fuerza: «la dignidad humana no es una idea abstracta, sino una realidad revelada y confirmada en la Encarnación del Verbo».

LA ENCARNACIÓN: DIOS QUE SE ACERCA Y REVELA QUIÉN ES EL HOMBRE

Cuando el Verbo eterno se hizo carne, no solo se manifestó el amor de Dios; también se reveló la verdad más profunda sobre nosotros. *Dignitas Infinita* afirma que la dignidad humana tiene su fundamento en Dios mismo, que nos creó a su imagen y semejanza (por el mero hecho de existir y

haber sido querida, creada y amada por Dios) y que, en Cristo, asumió nuestra humanidad.

La Encarnación no es un gesto simbólico. Es un acontecimiento real: Dios tomó un rostro humano para que cada rostro humano reflejara algo de Dios.

Por eso, cada persona —desde el concebido no nacido hasta el anciano frágil, desde el migrante hasta el enfermo, desde el pobre hasta el descartado— posee una dignidad que no depende de capacidades, circunstancias o méritos. Dios se ha unido a nuestra humanidad para siempre, ha hecho alianza con nuestra carne. Esta dignidad no puede ser nunca eliminada y permanece válida «más allá de toda circunstancia».

CRISTO REVELA LA DIGNIDAD QUE EL PECADO OSCURECE

El pecado, la injusticia y la «cultura del descarte», como la llamaba el Papa Francisco, intentan negar esta dignidad. Pero Cristo, al encarnarse, la restaura y la eleva. *Dignitas Infinita* recuerda que toda forma de desprecio, violencia o manipulación de la persona humana contradice el Evangelio porque contradice la Encarnación.

Cuando contemplamos al Niño de Belén, al Carpintero de Nazaret, al Maestro que toca al leproso, al Buen Pastor que busca al perdido, al Crucificado que perdona, al Resucitado que nos abre la vida eterna, comprendemos que la dignidad humana no es un concepto filosófico, sino un rostro concreto: el rostro de Cristo. Y en ese rostro, Dios nos dice: «Tú vales. Tú eres amado. Tu vida es sagrada».

LA ENCARNACIÓN NOS LLAMA A DEFENDER Y PROMOVER LA DIGNIDAD DE TODOS

Si Dios se hizo hombre, entonces ningún ser humano puede ser ignorado, aislado, descartado. La Encarnación nos compromete:

- a defender la vida desde su concepción, en todas sus etapas y circunstancias, y hasta su fin natural,
- a proteger a los vulnerables,

- a acompañar a quienes sufren,
- a promover la justicia,
- a sanar heridas sociales y personales,
- a construir una cultura donde cada persona sea reconocida como un don.

Dignitas Infinita nos recuerda que la dignidad humana es inviolable incluso cuando la persona está herida, equivocada o caída. Cristo no se encarnó para los perfectos, sino para todos. Y si Él no excluye a nadie, la Iglesia, ni otras instituciones, pueden hacerlo.

LA ENCARNACIÓN NOS INVITA A MIRAR AL PRÓJIMO CON LOS OJOS DE CRISTO

La Encarnación transforma nuestra manera de ver el mundo. Ya no podemos mirar a nadie con indiferencia. Ya no podemos reducir a nadie a un número, a una etiqueta, a un error, a una utilidad.

Cada persona es un misterio sagrado. Cada persona es un «tú» que merece respeto, escucha, paciencia y amor. Cada persona es alguien por quien Cristo se encarnó, vivió, murió y resucitó. Se trata de ver en cada hermano: un Cristo encarnado en la humanidad propia del mismo hermano.

LA ENCARNACIÓN, FUNDAMENTO DE UNA CULTURA DE LA DIGNIDAD INFINITA

Hermanos, la Encarnación es la gran revolución del amor. Es Dios que se hace cercano. Es Dios que se hace hermano. Es Dios que se hace pobre para enriquecernos con su vida.

A la luz de esta dignidad que va más allá de toda circunstancia, pidamos la gracia de vivir como discípulos que reconocen, celebran y protegen la dignidad infinita de cada ser humano.

Que María, en cuyo seno el Verbo se hizo carne, nos enseñe a acoger, cuidar y amar la vida humana en todas sus etapas y condiciones. Amén.

HOMILÍA. LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR

Propuesta de homilía para la Solemnidad de la Anunciación del Señor

En el vientre de María se prepara el verdadero Cordero para el sacrificio, pero ¿cómo es esto? como decía santo Tomás de Aquino para la intención de este milagro el Verbo de Dios entregó por nosotros todo lo que recibió de nosotros, concretamente lo expresaba así: «El Hijo Unigénito de Dios, queriendo hacernos partícipes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza, para que, habiéndose hecho hombre, a fin de que hecho hombre, divinizase a los hombres» (Santo Tomás de Aquino, *Oficio de la festividad del Corpus*, Of. de Maitines, primer Nocturno, Lectura I: «*Unigenitus [...] Dei Filius, suae divinitatis volens nos esse participes, naturam nostram assumpsit, ut homines deos faceret factus homo*»), de manera especial lo que recibió de la Santísima Virgen María. Dios vino a ser revelado en nuestra naturaleza, el acto de ofrenda continua de nuestra naturaleza es recibida a través de María. Es Dios quien podrá ahora asumir un cuerpo humano para hacernos llegar su presencia, su amor y su enseñanza.

Si Dios ha venido a nosotros, significa que ha quedado abierto el camino para ir hacia Él, para que participemos de su naturaleza Divina. El objetivo de la Encarnación no es que Cristo se quede en la tierra, sino llevar a los que estaban cautivos por el pecado hacia su Padre. El Evangelio de san Juan dice: «salí del Padre y vuelvo al Padre»; nos enseña san Agustín: Cristo vino solo pero no se va solo, no vuelve solo hacia su Padre, sino que nos lleva consigo al Padre. Sólo unidos a Cristo podemos ir hacia el Padre. La razón de la Encarnación es nuestra liberación, así lo expresaba san Gregorio de Nisa:

«Nuestra naturaleza enferma exigía ser sanada; desgarrada, ser restablecida; muerta, ser resucitada. Habíamos perdido la posesión del bien, era necesario que se nos devolviera. Encerrados en las tinieblas, hacía falta que nos llegara la luz; estando cautivos, esperábamos un salvador; prisioneros, un socorro; esclavos, un libertador. ¿No tenían importancia estos razonamientos? ¿No merecían conmover a Dios hasta el punto de hacerle bajar hasta nuestra naturaleza humana para visitarla, ya que la humanidad se encontraba en un estado tan miserable y tan desgraciado?» (San Gregorio de Nisa, *Oratio catechetica*, 15: PG 45, 48B).

Cuanto más estemos unidos a la Encarnación del Hijo de Dios comprendemos por qué el Padre envió a su Hijo; su voluntad es nuestra salvación. Ahora esto implica una responsabilidad para todos los que amamos la vida tanto la de la tierra como la del cielo. Aquí algunas líneas guías para las consecuencias cristianas y morales que la Encarnación del Hijo de Dios nos posibilita:

1. Implica una adhesión completa de nuestra fe en vivir la llamada constante a la Santidad, que se ha hecho realidad por la Encarnación del Hijo de Dios, mostrándonos que Cristo es la medida de todo hombre, haciéndonos partícipes de su naturaleza divina y, tendrá su cabal cumplimiento en la Pascua eterna que esperamos.
2. La Encarnación revela, además, la comunión trinitaria: el Padre envía al Hijo, que se encarna por obra del Espíritu Santo en María. Así, el misterio cristológico se inserta en el misterio trinitario, y la humanidad de Cristo se convierte en el lugar de la manifestación plena del amor de Dios, por tanto, nuestro actuar y sentir debe ser semejante al de Jesús. Se manifiesta como el modelo supremo de humildad, servicio y entrega,

y exige del cristiano una respuesta de amor, caridad y compromiso con la voluntad de Dios

3. Ese amor de Dios debemos reflejarlo con nuestras acciones al amar y servir a los demás: como Jesús, ayudando a los necesitados, siendo compasivos; siendo humildes, reconociendo que todos tienen una dignidad y somos iguales ante Dios; cuando hay un diálogo y comunicación respetuosa con las personas que piensan diferente; cuando perdonamos de corazón y damos vivo testimonio de ello.
4. Da un sentido trascendental no solo terrenal; nos posibilita a la vida eterna, pero a la vez, nos hace defender, promover y cuidar toda vida humana en todas las etapas de su existencia.
5. La Encarnación es el plan que Dios dispuso para la reparación del pecado del hombre y su elevación a la bienaventuranza, por tanto, el rechazo al pecado y al mal debe ser una decisión y asentimiento constante en toda nuestra vida, es decir, no sólo hacer el bien, sino amar el bien.
6. A semejanza de María Santísima, que con su consentimiento libre (*fiat*), constituye el modelo de la respuesta creyente ante la iniciativa divina, también nosotros seamos puentes para encarnar en la vida de cada persona, un camino para el encuentro con Jesucristo el Señor.
7. La Encarnación en miras a la Redención subraya la dimensión colectiva y cósmica de la consumación final, es decir, la resurrección de los cuerpos, la restauración del orden creado y la visión beatífica como perfección última del hombre. Por lo tanto, no sólo es cuidar nuestro ser como personas humanas sino todo lo que en el mundo fue creado por Dios.

Por todo esto, es bueno que recordemos las Obras de Misericordia:

OBRAS CORPORALES

1. Dar de comer al hambriento
2. Dar de beber al sediento
3. Dar posada al necesitado
4. Vestir al desnudo
5. Visitar al enfermo
6. Socorrer a los presos
7. Enterrar a los muertos

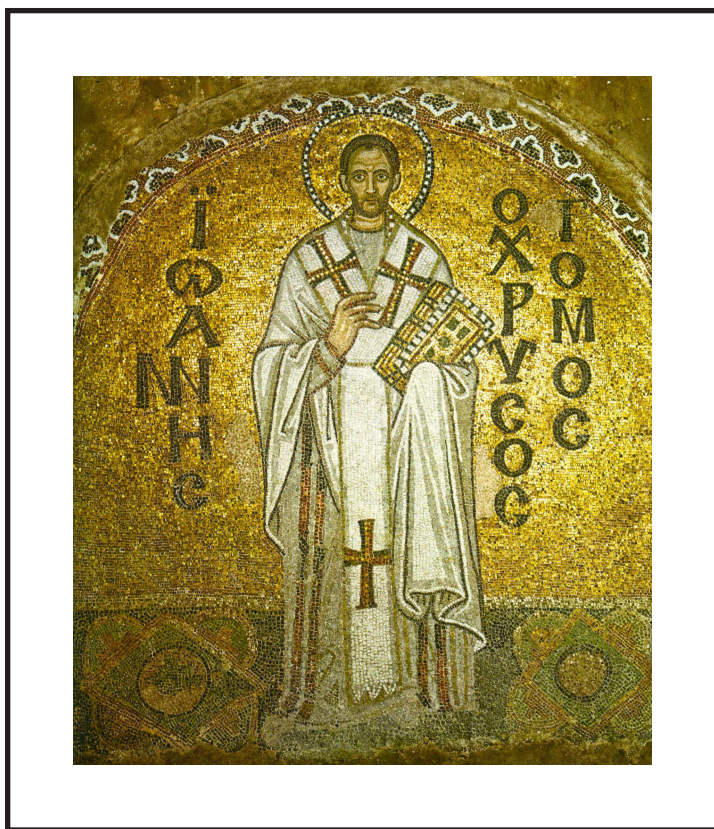
OBRAS ESPIRITUALES

1. Enseñar al que no sabe
2. Dar buen consejo al que lo necesita
3. Corregir al que está en error
4. Perdonar las injurias
5. Consolar al triste
6. Sufrir con paciencia los defectos de los demás
7. Rogar a Dios por vivos y difuntos

Las Obras de Misericordia corporales, en su mayoría salen de una lista hecha por el Señor en su descripción del Juicio Final.

«El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). «Dios se hizo hombre para que el hombre pudiera llegar a ser Dios» (San Atanasio).

«María creyó y concibió; que también nosotros, creyendo, dejemos que Cristo nazca en nuestras vidas» (San Agustín).



San Juan Crisóstomo, Mosaico del s. IX en la Basílica de Santa Sofía de Constantinopla.

«Esto es lo que arruina a las iglesias: que no buscan sermones que conmuevan el corazón, sino sermones que deleiten sus oídos con su entonación y la estructura de sus frases, como si estuvieran escuchando a cantantes y laudistas. Y nosotros, los predicadores, seguimos sus caprichos en lugar de intentar reprimirlos. Actuamos como un padre que le da a un niño enfermo un pastel o un helado, o algo simplemente delicioso, solo porque lo pide; y no se esfuerza en darle lo que le conviene; y luego, cuando los médicos lo culpan, dice: «No soportaba oír llorar a mi hijo»... Eso es lo que hacemos cuando elaboramos frases hermosas, combinaciones y armonías sutiles, para complacerlos y no para beneficiarlos, para ser admirados y no para instruirlos, para deleitarlos y no para conmoverlos, para irnos con sus aplausos en nuestros oídos y no para mejorar su conducta».

San Juan Crisóstomo

DECÁLOGO PARA ACOMPañAR CON AMOR HASTA EL FINAL

*Subsidio para el cuidado espiritual en fases críticas y
terminales*

Este decálogo es una guía que busca dar paz y dirección desde la fe cristiana a las familias que sienten miedo e incertidumbre ante el sufrimiento; esas familias que viven el misterio de momentos críticos o finales de la vida de un ser querido. En la Carta “*Samaritanus Bonus*”, la Iglesia nos recuerda que como buen samaritano busca comprender su mediación salvífica en una perspectiva de comunión y solidaridad entre los hombres como ayuda esencial para superar toda tendencia reduccionista e individualista; el “corazón que ve” sabe dónde hay necesidad de amor y obra en consecuencia; ve en el caído por el camino a uno que tiene un don precioso (dignidad) a custodiar y acrecentar. Por tanto, es el camino de quien se hace cargo de la fragilidad del otro, garantizando que nadie muera solo o desesperado. Es la respuesta del Magisterio a la complejidad ética actual, y su gran valor es que no solo prohíbe (la eutanasia y el suicidio asistido), sino que propone un camino del “corazón que ve”. Cuando, un ser querido u otro, entra en una fase de salud crítica, la familia y las instituciones se deben convertir en un “Santuario de la Vida”.

Aquí tienes 10 puntos clave para vivir este proceso:

1. **PRESENCIA SOBRE EFICIENCIA:** Lo más importante no es lo que “haces” por el enfermo, sino que lo escuchas, le miras a los ojos y estás “con” él; te percibe presente con él. Así el acompañamiento integral se convierte en el primer cuidado paliativo. La carta enfatiza que, aunque una enfermedad sea incurable, la persona nunca es “in-cuidable” (la asistencia debe mirar a la integridad de la persona, garantizando con los medios adecuados y necesarios el apoyo físico, psicológico, social, familiar y religioso): “curar si es posible, cuidar siempre”. Garantiza que tu familiar se sienta amado, escuchado y valorado hasta su último suspiro. El enfermo no teme tanto a la muerte como al abandono, al sentirse una carga, y al dolor.
2. **VERDAD CON CARIDAD:** El enfermo tiene derecho a conocer su estado de salud para prepararse, pero siempre con extrema delicadeza y esperanza.
3. **ALIVIO INTEGRAL:** Busca el tratamiento en los casos de dolor físico (medicina); *Samaritanus Bonus* clarifica que la Iglesia acepta como acto de misericordia, la licitud de la sedación siempre que acontezca con la máxima paz posible y en las mejores condiciones interiores, previo el consentimiento del enfermo sobre la supresión de su estado de conciencia; es decir, cuando el dolor es intratable, siempre que el objetivo sea mitigar el dolor y no causar la muerte intencional. También es muy importante el control del dolor del alma (presencia, escucha, perdón).
4. **NO AL ENSAÑAMIENTO TERAPÉUTICO:** Amar no es retener a toda costa, es necesario aceptar el límite de la ciencia médica y los cuidados paliativos. *Samaritanus Bonus* puede ayudarnos a liberarnos de la culpa de decir “no” a tratamientos inútiles. Tutelar la dignidad del morir significa tanto excluir la anticipación de la muerte como el retrasarla con el llamado “enseñamiento terapéutico”. Si un tratamiento es demasiado penoso, costoso o no ofrece una mejora real, la familia puede decidir no aplicarlo. Esto no es “dejar morir”, es aceptar la finitud humana con esperanza cristiana.
5. **RECHAZO TOTAL A LA EUTANASIA:** Entender que quitar la vida no es compasión. La verdadera compasión es estar y “sufrir con” el otro, no

eliminar al que sufre o tener una solución egoísta y conveniente disfrazada de misericordia para el otro. La definición de eutanasia procede un objeto moral suficientemente especificado, se trata de: la elección de «una acción o una omisión que, por su naturaleza, o en la intención, causa la muerte, con el fin de eliminar cualquier dolor».

6. ALIMENTACIÓN E HIDRATACIÓN: Son cuidados básicos de dignidad humana, no son tratamientos médicos negociables, son actos de amor y dignidad. Mientras el cuerpo del enfermo pueda absorber estos nutrientes sin causarle un sufrimiento desproporcionado, deben mantenerse a diferencia de los medicamentos, pues retirarlos es eutanasia pasiva.

7. EL PODER DEL PERDÓN: Ayuda al enfermo a cerrar ciclos. El perdón pedido y otorgado es la mejor medicina para una muerte con paz.

8. ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL: La mayor causa de que alguien pida morir es la soledad y la falta de apoyo, hay que crear una “red de amor” que sostiene y da esperanza junto con la presencia de un sacerdote y con los sacramentos (Confesión, Unción de los Enfermos, Viático). Esto es la fuerza, la paz y el ánimo para una muerte verdaderamente digna. Propicia momentos y sentimientos agradables en la medida de lo posible, incluso, posteriormente, un recuerdo consolador ante la desventura de la muerte.

9. CUIDAR AL CUIDADOR: Familia, no se agoten solos. Cuiden su persona y pidan ayuda. El cansancio extremo dificulta el cuidado y el amor. Siempre hay manera de hacer un espacio para el cuidado personal integral cuando aceptamos que no tenemos el control de todo.

10. SENTIDO CRISTIANO DEL DOLOR Y CONFIANZA EN LA PASCUA: El documento recuerda que el sufrimiento humano, unido a la Pasión de Cristo, tiene un sentido de santificación, podemos ayudar a darle un propósito; como decía Viktor Frankl *«el que tiene un por qué vivir, puede soportar casi cualquier cómo»*. El sufrimiento cristiano nos recuerda que no nos despedimos de un ser querido que se acaba, sino que acompañamos a un hijo de Dios que se une a Cristo para la salvación de muchas almas, y que vuelve a Casa. Recuérdales que su sufrimiento, unido al de Cristo y al de los mártires, no es inútil, es una ofrenda de amor; no es una derrota, sino el nacimiento a la verdadera Vida (Dies Natalis). Re-

flexiona con tu ser querido: “para mí la vida es Cristo y morir es una ganancia” (Flp 1, 21). “Jesús dijo: “Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre”, ¿Crees esto? (Jn 11, 25-26).

REFLEXIÓN.

Preguntas para ti y tu familia si se enfrentan a una decisión médica difícil:

1. ¿Se han hecho y analizado los estudios médicos para el diagnóstico, en la medida de lo posible? (Se trata de buscar y llegar a la verdad de la situación)
2. ¿Esta decisión busca quitar el dolor o quitar la vida? (Buscamos quitar el dolor)
3. ¿Este tratamiento es una ayuda real o solo prolonga la agonía? (Buscamos proporcionalidad)
4. ¿Mi familiar está acompañado espiritual y afectivamente? (Buscamos que se “sienta” bien y no haya soledad y desesperación)

ORACIÓN PARA QUIEN CUIDA

«Señor, dame tus manos para cuidar, tu oído para escuchar y tu corazón para amar sin medida. Que, en mi fragilidad, mi [padre, madre, hermano-a, hijo-a, abuelo-a] vea tu rostro consolador. Amén.»

PROTOCOLO DE EMERGENCIA ESPIRITUAL

Este protocolo de emergencia espiritual está diseñado para dar seguridad y orden a las familias en esos momentos de alta carga emocional. La meta es asegurar que el alma de nuestro ser querido esté asistida y que la familia actúe con la serenidad que da la fe.

Aquí tienes una selección de recursos espirituales y humanos para facilitar ese desapego lleno de esperanza.

Te sugiero completar estos datos en una tarjeta y pegarla en el refrigerador o tenerla en tu celular, es como un directorio de emergencia (para tener a la mano):

CONTACTO	NOMBRE	TELÉFONO
Médico		
Parroquia más cercana		
Capellanía del hospital		
Sacerdote amigo		
Notaria parroquial		
Tanatólogo		

Nota: se puede agregar algo importante para ustedes

1. LLAMADO AL SACERDOTE PARA LA ASISTENCIA SACRAMENTAL

Si ves que la situación empieza a agravarse, no dudes en buscar al sacerdote. Solicita el sacramento de la Unción de los Enfermos (para la salud del alma y el perdón) y el Viático (la última comunión como “alimento para el viaje”). Ayuda a tu enfermo a ser consciente de la necesidad de estos sacramentos de curación.

2. FRASES DE CONSUELO Y DESAPEGO (PARA SUSURRAR AL OÍDO)

Probablemente el oído suele ser el último sentido que se pierde. Háblale con suavidad, calma y mucha paz.

- Para dar seguridad: “No tengas miedo, Jesús está contigo y te lleva de la mano. Él te ama infinitamente y te está esperando con los brazos abiertos”.
- Para el perdón: “Pide perdón por las faltas y pecados, el Señor te perdonará pues Él te ama. Todo estará bien entre nosotros; debes irte en paz”.

- Para el desapego: “Ya puedes encontrarte con el Señor. Nosotros nos quedamos bien, Él nos cuidará”.
- Desde la fe: “Como el grano de trigo que cae en tierra, tu vida ahora se transforma en Cristo Jesús, muerto y resucitado para nuestra salvación”.

3. ORACIONES PARA ACOMPAÑAR EN EL ÚLTIMO MOMENTO

Puedes emplear cualquiera de las oraciones que conozcas, entre ellas te sugerimos el rezo del santo Rosario, en especial los misterios dolorosos, puedes leer y meditar la Pasión de nuestro Señor Jesucristo de acuerdo con los Evangelios, la Coronilla de la Misericordia, Padre Nuestro, Ave María, Gloria, alguna oración acostumbrada en la familia, etc. Pedir a San José la buena muerte en compañía de Jesús y María, o cualquier oración inspirada en la tradición de la Iglesia y el consuelo de los santos como:

Aceptación de la voluntad Divina

“Señor, acepto de tu mano la muerte que tú quieras enviarme, con todas sus angustias y dolores; la acepto como un acto de adoración y entrega. Me pongo en tus manos: hágase en mí tu voluntad.”

Recomendación del alma

“Sal, alma cristiana, de este mundo, en el nombre de Dios Padre, que te creó; en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que murió por ti; en el nombre del Espíritu Santo, que sobre ti descendió. Entra en el lugar de la paz y que tu morada esté junto a Dios en el cielo.”

Jaculatorias

“Jesús, en ti confío”. “Virgen María y Madre nuestra, acompáñalo en este camino”. “Señor, recibe su espíritu”.

Gestos que pueden brindan paz

- La presencia silenciosa: a veces, sobran las palabras; tomar su mano con firmeza y ternura comunica que no está solo.

- Uso de agua bendita: si tienes a la mano, puedes hacerle la señal de la cruz en la frente con agua bendita, recordándole su Bautismo y diciendo: “que esta agua bendita te recuerde el bautismo que un día recibiste, que por la pasión, muerte y resurrección Cristo te ha redimido”.
- Luz suave: evita luces intensas. Una pequeña vela (o cirio) simboliza la luz de Cristo que ilumina y disipa las tinieblas.
- El cuidado de ruidos que quitan la paz, como de los monitores o de las prisas o el dolor en el hospital o la casa.
- Signos religiosos: coloca un crucifijo y una imagen de la Virgen María, algún santo intercesor de la familia.
- Música suave si agrada y tranquiliza
- Un tono de voz calmado, háblale con amor, recuérdale que Dios lo espera.

El “ejercicio del perdón”

Muchas veces el desapego se dificulta por “nudos” emocionales. Ayuda a tu familiar a desatarlos diciendo estas frases con o por el enfermo:

- “Te agradezco por...” (menciona algo específico).
- “Te perdono por...”
- “Perdóname por...”
- “Te amo profundamente”.

Nota: en algunos casos, se puede ayudar al enfermo a hacerlo, si va dirigido a otras personas no presentes o convocar a la(s) persona(s) involucrada(s).

Un regalo para el cuidador

Acompañar desgasta; te sugerimos repetir para ti mismo esta frase de San Juan de la Cruz: *«en el atardecer de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor»*.

Otras frases: *Has amado bien, quédate con esa paz. ¡No damos días a la vida, damos vida a los días!*



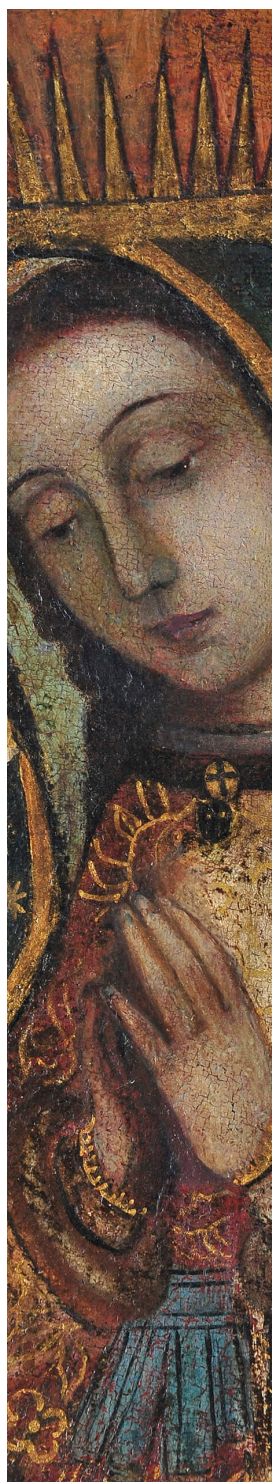
Vincent Van Gogh, Pietá, 1890.

Junto a la cruz de Jesús, estaba su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. (Jn 19, 25)

En la pasión de Jesús el dolor no es idealizado, es crudo. El cuerpo de Cristo descansa sin fuerza, mientras María lo sostiene con una firmeza silenciosa. No hay discursos, solo presencia.

La imagen de María junto a la cruz de Jesús el sufrimiento no se resuelve con explicaciones rápidas. Se acompaña. Se carga. Se sostiene.

Así está llamada a actuar la Iglesia. No como espectadora del dolor humano, sino como regazo que, aun en la oscuridad, mantiene viva la esperanza.



ORACIÓN POR LA VIDA

Dios nuestro, que en el misterio de la Santísima Trinidad nos revelaste que eres comunidad perfecta de vida y amor, haz que podamos reflejar también nosotros el amor a la vida frente a la cultura de la muerte presente en nuestro México.

Padre, Creador de toda vida. Nos ponemos en tus manos y volvemos nuestros ojos hacia Ti, que eres el origen de todo lo que existe, para que sepamos reconocer el valor de toda vida humana y la dignidad de la persona. Protégenos de la enfermedad y de la muerte del alma y del cuerpo, y ayuda a nuestras familias en sus necesidades para tener una vida digna y agradable a tus ojos.

Señor Jesús, que redimiste a la humanidad y viniste para que tuviéramos vida en abundancia, haz que caminemos todos contigo, como discípulos misioneros, saliendo al mundo a sembrar y difundir el Evangelio de la Vida sin temor. Que como Iglesia, contribuyamos con nuestros talentos en el misterio de tu Redención, y hagamos germinar en los corazones el amor a la vida.

Espíritu Santo, “Señor y dador de vida”, ayúdanos y danos las gracias necesarias para madurar en nuestra fe, y que impulsados por Tu presencia nos comprometamos a impregnar y transformar la sociedad con los valores del Evangelio, construyendo así la Cultura de la Vida.

Santa María de Guadalupe, Madre de Dios y Madre nuestra, Tú que eres santuario de la vida y que llevaste en tu vientre a Cristo, intercede por todo nuestro pueblo para que caminando junto a tu Hijo y escuchando la verdad de su Palabra, sepamos defender la vida y la dignidad de toda persona.
Amén.

Santa María de Guadalupe, custodia de la vida.
Ruega por nosotros.